

Cuentos **para** **morir** leyendo



Gusmar Sosa
Richard Sabogal

Negro
Blanco

Editores

Cuentos **para** **morir** leyendo



Gusmar Sosa
Richard Sabogal

Negro
Blanco
EDITORES
Editores

Negro Sobre Blanco Grupo Editorial

**Cuentos Para
Morir Leyendo**

Gusmar Sosa

Richard Sabogal



Grupo Editorial

Queda totalmente prohibida la reproducción parcial o total de esta obra sin la previa autorización escrita de su editor o autores.

Hechos los depósitos de ley

ISBN: 978-980-12-6158-2

Prólogo

En su haber individual, excelentes obras literarias los preceden. Pero ahora, Richard Sabogal y Gusmar Sosa se unen para ofrecernos su colección de “Cuentos para Morir Leyendo”. Ocho historias enmarcadas en el género de la novela negra, género literario bien descrito por Raymond Chandler en su ensayo *El simple arte de matar* (1950), la novela del mundo profesional del crimen.

Esta nueva colección, publicada bajo el sello, no busca la denuncia social, sin embargo, entre sus características está el perfecto equilibrio entre fantasía y realidad. Realidades sociales ocultas que muchas veces no muestran en la prensa: secuestros, delincuencia, bajos fondos, violencia en alguno de sus tipos, son apenas el “abreboca” de estas ocho historias.

Sabogal y Sosa nos presentan sus “Cuentos para Morir Leyendo” caracterizados, además, por el suspenso, el miedo, la inseguridad, el misterio, donde el lector se preguntará, mientras avanza en sus páginas “¿Esto es fantasía o realidad?” Cómo se lo preguntó Nine Melvin cada vez que despertaba en un lugar distinto, viviendo situaciones que rebasaban su cordura, esperando que todo fuera eso, una fantasía que le jugaba su mente... un sueño: *“Sobresaltado, despertó y se tocó la frente donde había recibido el golpe. Estaba en su cama, a su lado una hermosa mujer dormía semidesnuda. No tenía idea de qué ocurría. Aún aturdido caminó por la casa, cortinas rojas ondeaban al ritmo del caprichoso viento”*... *“Despertó en una camilla, no era la misma donde lo tenía Jill, otras camillas lo acompañaban, llenas de muertos, algunos desnudos, muchos con etiquetas en el dedo gordo, él traía traje, zapatos, se sentía limpio”*.

Es imposible no sentir la desesperación que vive Nine Melvin a medida que se avanza en la lectura, es descubrirse sin respirar por fracciones de segundos. Pero, los sueños de Nine no se parecen en nada a los de Carlos Meléndez, quien, desde niño soñaba con ser escritor, inspirado por un padre ausente cuya única, y más valiosa herencia, fueron unos manuscritos que cambiarían su vida: *“Cuando ya lo*

había conceptualizado así, encontró algunas carpetas azotadas por la humedad y el tiempo. Leyó uno por uno los manuscritos, memorizó algunos párrafos. Sus ojos brillaban cada vez que se escondía en el rincón de lectura del “cuarto de chécheres” y apuntaban las páginas escritas a mano por su padre.” Sin duda, esta es una de las historias que demandará más la atención del lector pues su narración se desarrolla entre el pasado y el presente, la ilusión y la realidad, la perseverancia y la angustia: “Mientras la madrugada avanzaba hacía un balance de sus años. Se reconoció solitario y silencioso, le gustaba su carácter y su vida. Se sentía orgulloso de ser un ermitaño urbano. Se sentía un personaje de los cuentos de su padre. Le gustaban esos personajes, oscuros, con conflictos internos pero con la esperanza reflejada en sus esfuerzos.”

Si de algo estoy segura es que Sosa y Sabogal, no dejarán de sorprenderlos con cada uno de sus cuentos así como se sorprendió Cristina al recibir aquella llamada en su trabajo: *“Hola Cristina, dijo la voz grave al otro lado. Me alegra llegaras bien al trabajo ¿Sin contratiempos en el camino? Una gruesa lágrima resbaló por su mejilla, el auricular comenzó a temblar, tragó saliva. ¿Qué quieres? ¿Por qué me vuelves a llamar? Preguntó en un fingido tono autoritario. Quería saber cómo estaba mi chiquilla, para mí, la consentida siempre serás tú. No me llames más, arguyó. Cómo no lo voy a hacer Cristina, si esto, apenas comienza...”* Veremos como esta periodista en ascenso, quedará atrapada en un desesperante juego detectivesco sin que ella haya pedido formar parte de éste: *“A la mañana siguiente el periódico en un gran titular ASESINO ANUNCIA MÁS MUERTES y de antetítulo PERIODISTA DE EL VERAZ SERÁ SU VOCERA OFICIAL”*

Como dije en un principio, Gusmar Sosa y Richard Sabogal no pretenden, con sus “Cuentos para Morir Leyendo”, denunciar ninguna situación particular, pero cualquier parecido con la realidad, es pura coincidencia... ¿O no?: *“...Julián Rojas salió en su Caribe 4x4 como cada día. Estacionó la camioneta a un costado de la casa y cerró el portón del estacionamiento. No se despidió de su esposa para no despertarla, ella había pasado mala noche con un malestar; tampoco se despidió de su hijo de siete años aunque él si estaba despierto coloreando en su habitación su cuaderno de dibujos. Volvió a su vehículo, al montarse y ponerse el cinturón de seguridad escuchó una voz grave y susurrada: “Vas a seguir mis instrucciones, saldremos de la urbanización y te detendrás a la siguiente cuadra”. Así lo hizo, allá dos tipos salieron de entre los arbustos con el rostro cubierto con pasamontaña....”*

La pregunta es, ¿Pueden padre e hijo correr con la misma suerte?, ¿Todo estaba planeado o se trata de una burla del destino?: *“Sentado en la silla, amarrado y con los ojos vendados, Rigoberto recuerda los angustiosos días. Nadie*

dormía en la casa número seis de la calle trece, la urbanización La Marina vivía la misma agonía de los Rojas- Sánchez, tal vez no con la misma intensidad, pero cada habitante vivía la paranoia de la posibilidad del secuestro.” Realidades como estas se viven a diario sólo que poco se dicen de ellas para no estropear el recate.

Los “Cuentos para Morir Leyendo” de Richard Sabogal y Gusmar Sosa, están lejos de ser una colección monótona y es que el lector experimentará diferentes niveles de suspenso. Me atrevo a comparar la sensación que genera una montaña rusa, pasando de lo vertiginoso al sosiego sólo para calmar un poco las emociones que generan cada una de sus historias. Como la vida de Mauricio, un joven común que vive una cruda lucha interna: “ *El joven está sentado frente al espejo, por sus mejillas resbalan lágrimas, acaba de discutir con su madre nuevamente, venía feliz de haber recibido la más romántica declaración de amor y se encontró con la ira de la mujer por haber roto la orden impuesta. Ella no comprende que esas emociones no las puede controlar...”*

¿Quién no se ha sentado frente al espejo a sincerarse consigo mismo? ¿Quién no ha aprovechado ese momento íntimo y solitario para mirarse a la cara y aceptar sus verdades ocultas? Lo que pocos nos hemos preguntado es ¿Es mi reflejo lo que veo o es el espejo quien me mira?: *“En la soledad de la casa el espejo refleja objetos inanimados: un escaparate, un chifonier, una cama y algunas prendas de ropa tiradas en varios lugares. ¿Cuántos le han buscado como confidente? Ya su cara está llena de manchas oscuras que muestran el otro lado, comienza a perder la magia de ser un espejo, pronto perderá el don y será meramente un vidrio viejo...”*

Pero a veces, hay verdades que no queremos ni siquiera admitir frente a nosotros mismos, verdades que son preferibles permanezcan enterradas en lo más profundo de nuestro ser, tapeadas a fuerza de falsas convicciones. Así lo prefiere Milton, un hombre de más de treinta años quien encara otro tipo de lucha: *“Su mirada se colgó en los ojos de la chica, eran negros, profundos, brillantes. La negrura de sus ojos igualaba la de su propia memoria, tantos años reprimiendo sus pasos, intentando el camino difícil que proponen las reglas sociales.”... “En esa ocasión fue la sensualidad fingida de la chica barman la que despertó esa chispa del pasado que continuamente intentaba apagar.”* No importa cuán grande sea el esfuerzo por huir de su verdad, Milton por años ha tratado de acallar una bestialidad que bien sabe disfruta cuando se le escapa...o se libera: *“Sabía que mientras más bestial fuera su participación en el acto mayor sería la recompensa. Entre golpes volteaba para ver a Sandra, ella le sonreía y su sonrisa era la promesa de placer sexual.”*

Y como las buenas obras se cierran con broche de oro, Richard Sabogal y

Gusmar Sosa nos dejan las dos últimas historias, cada una con su sello muy personal. Por una parte, Sabogal tratando de explicar por qué mató a Gusmar Sosa. Para quienes lo conocen les costará diferenciar dónde termina la realidad y comienza el trabajo literario: *“Soy editor, así conocí a Gusmar Sosa, un escritor de best seller que por entonces no lo era. Su carta de presentación fue una simpatía empalagosa que me ponía a dudar sobre si era o no real. Me saludó con su argot maracucho-larense, una mezcla que le proporciona un acento extraño. Aunque entonces no se lo conocía porque me saludó por la red social. Comenzamos a gestar una amistad que rápidamente creció, como la espuma y como su ego. Mi sello editorial fue su trampolín y como buen nadador, lo único que olvidó fue: su trampolín”... “Además de envidiar el éxito de Gusmar, habiendo dejado a quien le ayudó botado en su estudio lleno de libros amarillentos sobreviviendo con limosnas de autores (yo).”*

Ahora bien, ¿Se puede vivir con la culpa?, ¿Puede ser ésta tan fuerte como para hacernos tomar las más insospechadas decisiones? Es por ello que Gusmar Sosa, para cerrar de una manera sorprendente esta extraordinaria colección de “Cuentos para Morir Leyendo”, nos relata por qué Richard Sabogal decide terminar con su existencia: *“Tal vez amarró la soga al cuello, se subió sobre el taburete, se miró al espejo y algo no le gustó en su rostro, lo desfiguró, haciendo rebanadas sus cachetes y resbaló poniéndole a su vida el fin deseado. ¿Qué loco no?”* O será que toda esta escena sólo nos dice, a gritos callados, otra verdad: *El afán de despistar la mira policial hacia un posible suicidio le hizo sospechar de la venganza como móvil principal. De hecho, no lo consideró sospecha, estaba seguro. Sólo una persona sabía que el responsable de la muerte de Gusmar Sosa había sido Richard Sabogal. Pero sabía que Francisco Ruiz no tenía nada que vengar, ni siquiera por la herida en su ego al no permitírsele formar parte de la muerte del infeliz escritor.”*

Como verán, “Cuentos para Morir Leyendo” no es una novela detectivesca, mas se ha apropiado de sus mejores características para ofrecerle al lector un libro que pone a prueba el control de sus emociones, volviéndolo un ser suspicaz ante cada relato.

Te reto a que lo leas y no mueras en el intento...

Scarlet Gómez

Romero

**CUIDADO! Está comenzando unas páginas
en las cuales pelagra su salud, te recomiendo
cierres el archivo y huyas, tal vez así sólo te arrolle
un auto y mueras rápidamente**

El Libro

Óbito Uno

Por: Richard Sabogal

El martilleo continuo lo sacó de la bruma. Los clavos dulces chocaban sin resistencia contra la madera del ataúd. Dentro, Nine Melvin se arropaba en la oscuridad. Gritó. Rasgó con las uñas la dura madera. Algunas astillas se clavarón. El martilleo cesó, al parecer el de fuera le había escuchado. El chocante sonido del martillo arrancando clavos le pareció la melodía más hermosa jamás oída. Por fin la luz perló sus ojos.

- ¿Qué mierda quieres maldito muerto? - , espetó el hombre que acababa de quitarle la tapa al ataúd.

- ¿Qué hago aquí dentro? ¡Estoy Vivo!

- Estás más muerto que Marilyn Monroe. Deja de escandalizar que va a anochecer y debo meterte bajo tierra.

- ¡Pero estoy vivo!

- No lo estás, escoria maldita - Acto seguido le estampó un martillazo que lo sumió en la oscuridad.

Sobresaltado, despertó y se tocó la frente donde había recibido el golpe. Estaba en su cama, a su lado una hermosa mujer dormía semidesnuda. No tenía idea de qué ocurría. Aún aturdido caminó por la casa, cortinas rojas ondeaban al ritmo del caprichoso viento. Se acercó a la mujer, la movió. Entreabrió lo ojos, balbuceó que la dejará dormir. Dio una vuelta y siguió sumida en el plácido sueño.

Es tarde noche, dentro de la casa parece no haber nadie. Largos pasillos con ventanales de cortinas rojas causan entropía en la quietud. Nine Melvin, a paso rápido, recorre las habitaciones. No hay nadie. De repente una mujer, casi una niña, le corta el camino, Nine le lleva por lo menos una cabeza de estatura.

- Aquí estas, ¿Dónde te habías metido? – Pregunta mientras lo abraza y le estampa un suave beso – llevo toda la noche esperando vengas. Te necesito Nine.

- ¿Qué ocurre? No... comprendo.

- ¿No comprendes qué, cariño? No vengas con eso ahora. Ven a la cama, estoy sedienta.

La joven casi niña se zafa de sus brazos y deja caer su camisón, unas largas piernas coronan unas caderas gruesas y una cintura asombrosamente pequeña rematando en unos senos mínimos, firmes y erectos que llaman al codicioso Nine.
- Ven, hazme tuya, hazlo mejor que anoche, pero no tanto como mañana.

Nine confundido sale de la habitación. No consigue dar explicación a lo que ocurre. Regresa por los largos pasillos hasta el lugar donde despertó. Al entrar consigue la habitación a oscuras, comienza a palpar el apagador. Algo húmedo lo hace patinar. Estaba junto a la cama, vio la lámpara, se levantó y la encendió. Soltó un grito ahogado al ver a la sensual mujer que dormía minutos antes a su lado, con una lanza que atravesaba su estómago y los ojos perdidos en el techo, reflejando un último gesto de terror, agonía y rendición. Saltó sobre la cama, buscó su pulso. Estaba helada, tesa, la sangre coagulada, hedía, parecía tener un día de muerta, descubrió algunas moscas verdes y grandes degustando el cuerpo. No entendía nada.

- Qué mal estás Nine – dijo una voz que le asustó - ¿Qué te sorprende tanto?

- Ella... está... está muerta.

- ¿Nieves? Claro, desde esta mañana, ¿qué te sorprende?

- ¿Así se llamaba? Pero está muerta, ¿No vas a hacer nada?

- ¿Qué voy a hacer? Se murió, ya está. Ven, quiero cenarte, ya veremos qué hacer con el cuerpo. Ven por favor.

- ¡Maldita psicópata, la mataste! - Se abalanzó sobre la joven, ésta sacó un arma. La oscuridad cubrió a Nine.

Intentó abrir los ojos, una fuerte luz blanca lo cegaba, sentía el cuerpo entumido. No podía moverse. Sus músculos tensos pedían libertad, intentó serenarse y pensar. Recuerda haber estado en un ataúd, un anciano le golpeó, luego despertó en una casa con dos mujeres, la primera estaba viva, la segunda, joven, muy joven, luego la que dormía plácidamente a su lado estaba muerta, salvajemente asesinada. La segunda se regodeaba de esa muerte al parecer. Luego le disparó. ¿Estaba muerto? Levantó la cabeza para verse el cuerpo, estaba acostado al parecer, estaba acostado y desnudo, pero amarrado a una camilla metálica, junto a ésta, una mesa cromada con herramientas. No había nadie en la habitación.

- Me alegra hayas despertado. No te preocupes, no te disparé a matar, sólo un poco de corriente, mira – le enseñó el arma – muchos voltios que te duermen un rato, por cierto ¿Qué tal el sueño? ¿Soñaste conmigo?

- ¿Quién... eres? ¿Por qué me tienes amarrado a la cama?

- ¿Qué quién soy? Tú no eres mi Nine, tú eres otro. Lo supe desde que te vi a los ojos, no eres mi Nine. No eres y por eso debes morir.

- ¿Quién eres? No sé qué hago aquí, ¿Cómo es que esa mujer, esa tal Nieves está muerta? Dime tu nombre, no sé nada – gritó Nine casi con lágrimas en los ojos.

- Jill, mi nombre es Jill. Me duele no me recuerdes, después de todo lo que hemos vivido. Bueno, es que tú no eres tú, tú eres otro metido en el cuerpo de mi Nine. Debes morir.

- ¡Maldita loca! Déjame, ¿Para qué vas a agarrar esa tenaza? –Lanzó un alarido que se estrelló por todas las paredes.

Jill se protegía con un delantal plástico, un tapaboca y unos lentes. Pronto estaban manchados todos de sangre y su frente blanca con diamantes de sudor. Nine perdió el conocimiento cuando no tuvo más fuerzas para gritar.

Despertó en una camilla, no era la misma donde lo tenía Jill, otras camillas lo acompañaban, llenas de muertos, algunos desnudos, muchos con etiquetas en el dedo gordo, él traía traje, zapatos, se sentía limpio.

- ¿Despertaste? Qué bueno. Pensé me había equivocado – le dijo el viejo que le había dado el martillazo en la frente, recordó, se tocó y tenía una herida. Dolió.

- ¿Dónde estoy?

- En la morgue. Estás muerto. Sólo que aún no lo aceptas. No me mires así, lo estás, desde hace tres días.

- ¿Pero... si estoy muerto... qué hago aquí... hablando con usted?

- A ver – miró una planilla - ¿Nine Melvin? La muerte es una caprichosa, ella se

regodea, disfruta, es como un gato cuando atrapa al ratón, tu eres el ratón, todos somos ratones, ella juega toda la vida con nosotros, al final ella nos gana, nos da el golpe de gracia y pasamos para el otro barrio. Pero a veces ocurre que, como tú, el ratón no está bien muerto y el gato no termina de comerte. Es una caprichosa. Una perra.

- No puedo estar muerto, no recuerdo haber muerto.

- ¿Qué recuerdas? ¿Háblame de tu vida? - Se acomodó a su lado

- Me llamo Nine Melvin, soy.... soy.

- No sabes quién carajos eres – Soltó una estertorosa carcajada - Estás más muerto que Kennedy, estás más muerto que Presley.

- Pero... no puede ser... Cuando usted me tenía en el ataúd...

- Fuiste a otros sitios, así es, es tu vida. La muerte disfruta, debes ser alguien especial para aún estar aquí. En treinta años que llevo de sepulturero, he visto muchos en tu lugar. Siempre son especiales. Nunca he visto a una mujer de limpieza o un vendedor de boletos en situación similar, sólo gente que vivió, viviste a plenitud ¡Debes morir a lo grande!

- ¡No puedo estar muerto! Mírame. Me muevo, camino, ¡Tengo pulso!

- No tienes pulso, estás helado y te mueves. Pero muerto.

- ¿Qué debo hacer? No quiero morir.

- Nada. Ven, acuéstate en la camilla, debes descansar, esperemos que la caprichosa decida qué hacer contigo. A ver, cierra los ojos, relájate, así es, tranquilo.

- ¿Qué me estás inyectando? Oiga espere...

- Tranquilo, es formol ¿No querrás podrirte en vida?, bueno... no querrás podrirte en muerte – Soltó otra carcajada

- ¿Por qué no me enterraste cuando desperté en el ataúd? – preguntó con esfuerzo Nine, sentía el cuerpo pesado, durmiéndose

- No lo hice porque aún no estabas listo. Y porque nosotros los sepultureros, respetamos a la parca, si ella no te pone tieso y helado, debemos esperar a que ella lo haga. Es la ley, somos solo peones de la reina.

La oscuridad llegó...

Oscuridad. Se dejan oír besos, roces, el quejido leve de la cama. Un hombre, una mujer, desnudos, ella arriba, le besa, primero el labio de abajo, lo tira con suavidad, luego con rudeza, él se queja, atrapa su boca, la besa, la consume. Es un beso largo. Ahora está arriba, ve el brillo de sus ojos en la oscuridad. Se pierde entre sus senos, recorre la línea hacia el ombligo, cual camino de hormigas, hace el recorrido hasta el final. Prolongación, un largo gemido, el primero. Ella arriba, la cama acentúa su quejido, cual camino empinado los deseos son cada vez más sentidos. A punto, en el pináculo de los besos apasionados y lastimosamente placenteros gimen al unísono, tensan músculos y caen, uno sobre el otro. Te amo, pronuncia. Le mira en la oscuridad. Luego él se duerme.

Tiene las manos manchadas de sangre, la camisa. Siente adrenalina ¿Cómo llegué aquí? Baja corriendo las escaleras, abre la puerta. A lo lejos se oyen sirenas, ve un carro, se monta, se revisa los bolsillos, tienes unas llaves, arranca. No sabe

dónde está, no recuerda la ciudad. Pronto las sirenas se oyen demasiado cerca. La persecución ha comenzado. Cuatro carros patrulla le siguen, altavoces ordenan se detenga, no lo hace, mete otra velocidad y acelera, se sorprende al ver que tan buen piloto es, serpentea carros, aún es de noche, no sabe si es el mismo día en que Nieves apareció muerta o es otro. No puede comprender nada, no sabe nada de su propio pasado, parece una amnesia, sí es eso, amnesia, a lo mejor el martillazo del sepulturero la ocasionó, se palpa la frente, no hay herida. Un disparo lo saca de sus pensamientos, pasó llevándose el retrovisor. Intenta acelerar aún más. El carro da todo de sí. Entre un carro y otro, Nine esquivo y gana terreno, la policía forzada intenta alcanzarle.

Luces parpadeantes se ven al final de la avenida, dos motorizados vienen en sentido contrario, van a su encuentro. Cuando los tiene suficientemente cerca Nine ve traen armas, abren fuego, una bala se incrusta en su hombro, esquivo una moto, se lanza sobre la otra llevándose al motorizado. Las cosas se complicaron. La avenida está por terminar y las luces intermitentes de sirena cada vez más cerca. Los disparos se acentúan, el vidrio trasero estalla. De repente el carro se torna difícil de manejar, afianza el volante con fuerza, el brazo duele. De afuera le llega el sonido de una llanta desinflada. El motorizado, que minutos antes le interceptó, le alcanzó nuevamente, le mira con el cañón de su arma, la acciona. Nine reduce la velocidad, casi logra arrollarlo, el motorizado dispara y se carga la rueda delantera. El carro se torna aún más difícil de controlar, un hombrillo le intercepta y el carro da una vuelta, mientras las patrullas y el motorizado le rodean.

Nine sale del carro, tambaleándose, tiene sangre en el rostro, el dolor del brazo es insoportable, se lleva las manos a la cabeza, el motorizado se acerca con una escopeta y de un culatazo le parte la nariz. Él cae sin sentido.

Da un respingo, está en la cama. A su lado duerme plácidamente Jill, desnuda, le tiene una pierna sobre su abdomen, se mueve dormida, se da la vuelta, sigue entre sueños. Intenta relajarse, observa el cuerpo de ella, es hermoso. Recordó que un rato atrás lo besó hasta el hastío. Lo sintió, lo disfrutó. No entendía cómo, pero ese momento lo recordaba. Se sentía perdido, despertó en un ataúd, luego en una casa que no recordaba y donde al parecer seguía, volvió donde el sepulturero, le dijo era un muerto, cosa absurda porque allí estaba. La mujer que

dormía a su lado lo torturó hasta perder el conocimiento, pero ahora la sentía allí, plácida, hermosa, suave. Profundamente dormida. Nieves, que hasta ahora no sabía quién era, estaba muerta. Jill sabía y se sentía tranquila de ello. Recuerda haberle hecho el amor a esta jovencita, recuerda haber recorrido kilómetros mientras la policía le daba alcance, sintió dolor de los balazos, los cuales no tenía ahora, ni el martillazo, nada. Estaba bien. Todo parecía un mal sueño. Solo que lo vivido era muy real, cada sensación, cada herida, todo. Una sombra pasó por la puerta de la habitación donde estaba. Rápidamente se levantó, corrió, sigiloso, de un rincón agarró un florero. Sosteniéndolo con ambas manos entró a la cocina, allí estaba la sombra. Soltó el florero de la impresión.

- Nine! – Dijo Nieves sinceramente sorprendida de verle - ¿Dónde estabas? Desperté y no te vi, vine a tomar agua.

- Tú... tú... estás viva – alejándose de ella, trastabilla, cae al suelo

- Claro que estoy viva, qué crees, acá estoy ¿Qué te pasa loco? Hey, ven, ¿Por qué estás así? Cálmate, - Se acercó y lo tomó por el hombro - ¿Qué pasa, dime qué ocurre? – Le abrazó.

- Nada... es sueño solamente, no pasa nada, estoy dormido

- ¿Qué hacías levantado... y desnudo? Ve que está Jill por ahí, no puedes andar así y que de repente te vea. Ven toma agua con azúcar, vamos a dormir.

- Así los quería ver – dice una voz desde la puerta de la cocina, es Jill.

- Tápate Nine! Anda para el cuarto, Jill. No son horas.

- Cállate, maldita puta! Nine, hagámoslo.

- ¿Qué haces Jill? Cálmate

- A mí no me hables así, Jill, ve a dormir inmediatamente, ¿Qué te pasa?

- Pasa que estoy cansada de silenciarme. Pasa que Nine es mío, pasa que es hora de que mueras.

Con una agilidad gatuna corre, toma de la mesa un cuchillo y abraza con la mano izquierda a Nieves, ella abre la boca, sin aliento, Jill sonrío, el mango del cuchillo sobresale del estómago. Cae de rodillas, se dobla y en posición fetal marca un hilo de sangre en la baldosa blanca.

- ¿Era tan difícil? – pregunta irónicamente Jill

¡La mataste!

- Por supuesto, debía morir. Ahora nadie nos privará de ser felices. Haremos todo lo que quieras.

Nine golpea con fuerza el rostro de Jill, toma un mazo de la cocina y lo estrella contra el rostro de ella, le machaca la espalda a golpes mientras le grita que es una asesina. Cuando ya no tiene aliento suelta el martillo de aplastar ajos junto a Jill, intenta tomar aire. Ésta, en un movimiento rápido, patea su estómago, toma el martillo y lo avienta contra su cabeza, le golpea cerca de la sien y cae largo a largo.

Abre los ojos, está de nuevo en la morgue, se sienta en la camilla, el sepulturero no está por allí, se baja y comienza a ver sus colegas en otras camillas.

Una mujer rubia, parece dormir plácidamente, mira la etiqueta: María de los Ángeles Briceño. Un hombre, moreno, cabello rapado, no tiene un ojo, un orificio le suplanta, al parecer fue un balazo. Una niña, de no más de doce años, parece un ángel, dormida, plácidamente, no atina cuál habrá sido el motivo de muerte, siente lástima por ella.

- ¿Cuándo terminarás de morir? – Pregunta el sepulturero, quien al parecer le veía desde hacía rato

- No lo sé. No sé si estoy muerto, no sé si lo que vivo es la realidad. No sé nada.

- Algo te puedo aclarar. Muerto estás... bien muerto.

- ¿Si estoy muerto cómo he vivido lo que he vivido?

- Cuenta, ¿Dónde has estado? Sabes, cada vez que ocurre algo como tu caso las historias son muy particulares, necesitas hacer algo antes de partir, sólo así podrás cerrar el ciclo. Cuéntame

Nine narró todo lo ocurrido, detalle a detalle, el sepulturero le escuchó con atención, al finalizar, en silencio el viejo se acarició su blanca barba y buscando las palabras arguyó:

- Debes salvar a Nieves, ese es el cabo suelto, salvándola se cerrará el ciclo y podré enterrarte.

- No quiero morir.

- Ya moriste

- No has muerto, - dice una voz femenina, juvenil, la niña de doce años, ya no es la niña de doce años, es Jill sentada en la camilla, - Ella sí está muerta – señala la camilla del hombre moreno con el tiro en el ojo, pero ahora es Nieves, muerta, con una sonrisa roja en el cuello. Tú estás vivo y eres mío, ella está muerta y es de él, -dice extendiendo el dedo al sepulturero - ven y abrázame Nine.

Abre los ojos aterrado, está en la cama, a su lado duerme Nieves, tal como al inicio, se levanta, camina sigiloso, toma un trozo de leña de la chimenea, está helado, atraviesa el pasillo atento a cada movimiento. Entra al cuarto de Jill, quien está dormida, su cara es angelical. Algo la alerta, abre los ojos, al ver a Nine armado comienza a gritar, su gesto es de terror, salta de la cama y se esconde tras la sábana en un rincón, no más, por favor, no más, le ruega ella. La toma de la mano, la hala y la lanza a la cama.

- Mataste a Nieves, eres mi ciclo abierto

- ¿De qué habla? Por favor no me haga daño, no de nuevo por favor, no más, no lo hagas, por favor. – Jill tiembla de miedo, la sábana que cubre la cama se humedece al instante – No lo hagas, prometo no decir nada, no lo hagas.

- Mataste a Nieves, debo evitar lo vuelvas a hacer. Alza el trozo de leña, un golpe, dos, hasta el cansancio.

Desanda el camino a la habitación donde está Nieves, va a dormirse. Al entrar ve al sepulturero, está sobre Nieves, la está asfixiando mientras la viola. Se queda helado, cuando reacciona se abalanza con el trozo de leña sobre el sepulturero, éste recibe los golpes silencioso. Cuando se relaja, observa, no hay sepulturero, en la cama reposa el cuerpo de Nieves, ensangrentado, lleno de heridas, muerta a leñazos.

Corre, comienza a abrir otras puertas de la enorme casa, atraviesa habitaciones, la biblioteca, baños compartidos, de repente sale en una habitación con ventanales, se ha hecho de día repentinamente. Sentada en un sofá antiguo está Jill, sonrío con inocencia, se levanta, le da un beso. Lo hala, silenciosa sin

pronunciar palabra, se sienta con él, miran el hermoso día, el sol espléndido dándole calor a los pastos húmedos de la noche y la lluvia. Nine cierra los ojos.

Nuevamente oscuridad, pero es una oscuridad diferente. No hay ruido, sólo su respiración, se mueve, sonido seco. Está acostado, encerrado ¡En un ataúd! toca las paredes de madera.

- ¡Sepulturero! Aún estoy aquí, no he terminado de morirme

Golpea hasta sentir dolor en la manos, la respiración se corta, un tapón que viene desde el estómago y sube hasta su garganta se mezcla con el terror de verse allí, la oscuridad total, el minúsculo espacio, el ataúd parece más pequeño de lo que es, golpea con fuerza, grita, es en vano no hay nadie fuera. La respiración se hace cada vez más difícil. Grita, quiere vomitar, desespero. Golpea con fuerza, algo cae en su rostro, muy pequeño, es blando. Es tierra. Un grito ahogado se pierde dentro de la caja de madera, un grito estremecedor.

Salta de la cama, está nuevamente en la casa, Nieves a su lado, la despierta.

- ¿Qué pasa? – Pregunta en un balbuceo

- Ven conmigo, levántate.

- ¿A dónde? Déjeme dormir

- Levántate dije ¡Párate! – La hala y la arrastra. Ella se deja hacer aún dormida.

No toma el trozo de leña, le trae malos recuerdos, ve el atizador, lo toma y sale de la habitación, atraviesa rápido el pasillo y se asoma al cuarto de Jill,

duerme, como si nada. Continúa caminando, la lleva de la mano, no quiere soltarla, busca salir de casa, Nieves pregunta a dónde la lleva, la manda a callar, salen, confirma traer las llaves en su bolsillo, la mete en el carro, ignora todas sus protestas, entra y arranca. La lluvia dificulta el manejo. Va recorriendo, no conoce la ruta, sólo la intuición lo va llevando. Unas luces cada vez más brillantes se van acercando, es demasiado tarde, la gandola los embiste, arrastrándolo varios metros, la bolsa de aire le salva, siente presión en las piernas, metal retorcido se clava en ellas, mira a Nieves, un pedazo de metal atraviesa su cabeza, tiene los ojos abiertos, le mira desde el vacío de sus ojos, está muerta.

Comienza a sollozar y pierde el conocimiento.

Despierta en el salón, observa, es de día, mira a ver si Jill sigue a su lado, es Nieves, le sonrío dulcemente, trae un vestido crema, de seda. Sonríe y mira el hermoso día.

- Nieves....

- Haz silencio, miremos el día, amor.

- pero.... pero, debo salvarte, corres peligro, si no lo hago....

- No necesitas salvarme, miremos el día, calla amor, mira, las aves, ¡qué hermosas!

- Nieves, ¿No me oyes? Jill quiere matarte, debo evitarlo

- ¿Jill? – Suelta una risa – Ella es sólo una chiquilla, nunca me haría daño.

- Que he visto cómo te mataba

- No has visto nada amor, eres tú, todo está bien. Relájate y verás.

Tenso aún, observó el paisaje, rodeado de hermosos campos, las aves trinaban, de reojo miraba a Nieves, quien plenamente relajada disfrutaba, a momentos le regalaba una sonrisa y seguía disfrutando el paisaje.

- Debes dejarme partir, Nine.

- ¿Cómo? ¿A dónde?

- Ya es nuestra hora, necesito lo aceptes.

- ¿Aceptar qué? ¿De qué hablas?

- Debes aceptar estamos muertos, todos ¿Acaso no recuerdas nada?

- ¿Qué tengo que recordar?

- No lo recuerdas. Dame tus manos, las dos, mírame a los ojos... Nine, me hiciste mucho daño, déjame partir, y parte tu también al sitio que te corresponde, no es justo me tengas atrapada aún, después de muerta.

- ¿Atrapada? Si yo he querido salvarte

- No tenemos salvación ya Nine, nada de lo vivido es real, he sufrido mucho.

Presiona mis manos, mírame a los ojos...

Nine se perdió en la mirada de ella e imágenes comenzaron a recorrer su mente.

Ve a Jill en su habitación, él violándola, una y otra vez, día y noche, noche y día, ella inocente, temerosa, él rudo, la golpea, su nariz sangra, la casa es cerrada, las ventanas, las puertas, las cortinas quietas no ondean.

Ve a Nieves, quien conoce la situación, también le teme, su esposa, soporta ver a su hermana sufrir a manos de Nine, el miedo les supera. Son meses de la misma historia, todo parecía inocente cuando comenzó, pronto el lado oscuro de él afloró y el temor se implantó. No es la primera vez que pasa, muchas otras historias, mismo hombre, distintas mujeres, ahora era el turno de ellas, quién sabe cuáles vendrían después. Él entra y sale, las deja con llave, un día planean atacarle. Matarle.

El plan no resulta, nomás entrar se protege del primer golpe, un trozo de leña, de la lanza que trae Jill la cual esquiva, golpea el rostro de Nieves, lanza la leña sobre Jill. El plan se ha adelantado para Nine, debe matarlas ahora. Primero a Nieves, ambas amarradas, lleva a la cama a su esposa, la amarra, toma un cuchillo, la viola, en el mismo momento del orgasmo, rebana su cuello. Repite la operación con Jill, sólo que a ésta la asesina asfixiándola. Los gritos fueron más fuerte que en otras ocasiones. Alguien llamó a la policía, sirenas se dejan oír. Persecución, disparos, culatazos, desde el suelo con la nariz rota, esperando le esposen, saca un arma 22, debe matar cuantos policías hayan. Varios disparos. El arma calibre 22 cae, Nine se escurre, está muerto.

Abre los ojos, Nieves le está mirando ¿Nos dejarás partir? No merecemos más sufrimiento.

Una lágrima resbala por el rostro de Nine.

Es de madrugada, la luna muestra una silueta en la noche, un hombre barbudo lanza paladas de tierra a tres tumbas, una a la vez para cada una de ellas.

Féretro Uno

Por: Gusmar Sosa

Carlos Meléndez soñó siempre con ser escritor publicado. Tal vez decir “siempre” puede sonar a exageración. Usted pensará “cómo puede asegurar que siempre lo soñó, ¿acaso nunca tuvo otro sueño? ¿Es que desde niño ese sueño fue su meta? ¿Nunca soñó con ser astronauta, médico, abogado?” No es una exageración, incluso desde antes de ser consciente de los sueños, Carlos soñaba con ser escritor.

Su sueño lo heredó de su padre, a quien nunca conoció. Sabía su nombre: “Alberto Jiménez”. Lo sabía porque su madre, Esperanza Meléndez, solía pronunciar aquel nombre cuando en sus exclamaciones se unían la ira, las maldiciones y los lamentos. “¡Maldito el día que te conocí Alberto Jiménez! ¡Y pensar que todo pudo ser mejor!”

Fue el menor de los tres hijos de Doña Esperanza, el más soñador de entre sus hermanos, también el más afectado por las dificultades que cayeron encima a la familia tras la desaparición del padre fugitivo.

Alberto Jiménez pudo ser un buen escritor, hasta un buen padre. Pero su ánimo, luego de la muerte de sus padres, lo hundió en los lamentos que sólo se calmaban con el consumo de licor. Llegaba a casa expeliendo la fetidez del ron más barato y dañino, riendo, bailando, desconociendo el presente e incluso el pasado. Se sentaba en la sala y veía a su madre frente a él limpiando la casa, en un rincón su padre leía el periódico o algún libro. Algunas madrugadas se levantaba de la silla desde donde observaba los fantasmas de sus padres, se acercaba a su padre y escuchaba su voz grave y determinante: “Puedes ser lo que quieras hijo, tienes el talento de consumir con tu pasión lo que se te antoje y expresarte en cualquier actividad, sólo debes ser inteligente para escoger qué quieres ser...”.

Él ya había escogido qué quería ser: feliz. Y sería feliz a toda costa, se dejaría consumir por la felicidad, sonreiría por encima de todo. Solamente teniendo a sus padres vivos podría ser feliz. Así que cada vez que la melancolía y la tristeza golpeaban desde la ausencia de sus padres salía sin avisar hasta la tasca del barrio, consumía del ron más barato, entonces ellos volvían a su lado, olvidaba la sombra de la muerte en su memoria, gritaba de alegría, le demostraba a la vida que su padre no se había equivocado: él podía ser lo que había escogido ser. Otras noches se acercaba a su madre, ella sonreía al sentirlo cerca, extendía su mano, acariciaba su rostro, él podía sentir la suavidad de las manos maternas, cerraba los ojos y estaba en cualquier lugar tranquilo, respiraba el olor a paz, saboreaba el café matutino que sólo ella podía hacer. “Estoy orgullosa de ti”, decía.

Alberto olvidó lo que quiso ser antes del accidente en el que sus padres perdieron la vida, olvidó sus manuscritos, las historias acumuladas e inconclusas por las que estuvo dispuesto a ofrendar todo su esfuerzo. Descubrió la fórmula de su felicidad por accidente. No acostumbraba ingerir ningún tipo de bebida alcohólica. Dos meses después del accidente, viviendo atormentado cada momento, lo invitaron a una reunión sus compañeros de trabajo. Fue su mujer quien lo animó a ir, preocupada por la angustia de su esposo pensó que le haría bien un poco de distracción. En la reunión se destaparon cervezas, vodka, whisky y ron. Un amigo se le acercó y le dio un vaso con ron seco, sin hielo, él lo tomó, llevó el vaso a su boca y de un golpe giró la mano sintiendo cómo el licor quemaba su interior. Al final de la noche había olvidado quién era y dónde estaba, se quedó dormido en una de las sillas. Sus compañeros de trabajo cargaron con él, lo llevaron hasta su casa, lo despertaron con algunas cachetadas y él se levantó un poco confundido, pero al menos recordaba quién era; reconoció su casa y su automóvil, recibió las llaves del vehículo mientras sus amigos sonreían advirtiéndole de la resaca que sufriría al amanecer. Caminó sin equilibrio hasta la entrada de la casa, abrió la puerta, al entrar se encontró con la casa de su niñez, su madre lo recibió con un abrazo, sintió la mirada cálida de su padre. Esperanza lo vio sonriendo y se encendió en ella la ilusión de que todo podría volver a la normalidad. Se le acercó y lo abrazó. No entendía bien lo que decía el esposo, pero la expresión de su rostro era como si todo había sido superado. Cuando el domingo terminó de asomarse, Alberto bajó de la habitación, con cada pisada sobre los peldaños de la escalera su cabeza explotaba. Se sentó junto a la mesa para desayunar, pero era la hora del almuerzo. Miró a sus dos hijos, escuchó el “buenas tardes mi amor” pronunciado por su esposa, suspiró y entendió que había sido un sueño.

La sensación de haber conversado con su madre, mientras el viejo lo miraba con orgullo, quedó grabada en él como si las emociones sentidas fueran las pruebas de la realidad de una existencia que por semanas se hizo invisible. Un mes después compró una botella de ron, a medianoche bajó a la sala y se sentó sirviéndose con apuro cada trago de ron y consumiéndolo con más rapidez uno tras otro. Esperanza notó la ausencia del esposo casi a las tres de la mañana, salió de la habitación y desde arriba lo miró percatándose de su ebriedad de inmediato, pues Alberto hablaba solo y se reía como si escuchara chistes contados por alguien a su lado. Bajó apresuradamente, se puso frente a él, notando que ni siquiera la veía. Vio la botella entre sus piernas, apenas había consumido la mitad. Le arrebató la botella, fue hasta la cocina, la puso sobre la mesa, volvió a la sala. Regresó a la cocina y escondió la botella pensando en que no era bueno que sus dos hijos la vieran y sospecharan del aparente vicio ante el cual sucumbía su padre. Llevó al esposo hasta la ducha y ahí dejó que el agua fría cayera sobre él. Alberto abrió sus manos mientras sonreía, reviviendo los días de mayo cuando sus padres le permitían bañarse bajo la lluvia que apertura la temporada de invierno. Abría los ojos para ver a su madre sonriendo frente a él junto a la puerta del patio. Era Esperanza, a quien le parecía tan cómico ver a su esposo dando vueltas bajo la ducha como un niño jugando bajo la lluvia.

El domingo siguiente Esperanza volvió a encontrarlo en la sala al despertar por la mañana para hacer las compras en la feria de verduras. La botella de ron no estaba por la mitad, sino completamente vacía. Comenzó a preocuparse cuando notó que todos los sábados su esposo se ausentaba de la cama por las madrugadas y amanecía en el sofá de la sala con una botella de ron vacía y otra por la mitad.

Progresivamente, Alberto fue necesitando más licor para volver al pasado o vivir una realidad alterna en la que sus padres vivían aún con él y disfrutaban frente a él de los nietos. Pronto se sumaron los viernes en la noche a los sábados de ron. Luego las noches no eran suficientes, debía beber tan pronto salía de la oficina y pasar el sábado ebrio, reiniciar la jornada de ron el sábado por la noche y domingo durante el día. Dejó de preocuparle lucir ebrio frente a sus hijos, comenzó a fastidiarle los sermones de su mujer, los mismos que en principio le hacían reflexionar y tomar la decisión de no exponerse más al consumo de licor. Fue desapareciendo de la vista de sus dos hijos, quienes se acostumbraron a la frialdad paterna a medida que atravesaban el umbral de la adolescencia. Se hizo indiferente a su propia lucidez. Ya no compraba las botellas de ron entre semana para guardarlas hasta el fin de semana, iba directo a la tasca, se sentaba junto a la barra y comenzaba su tratamiento de felicidad. Caminaba por las calles del

barrio con su botella de ron en la mano, de regreso a casa, disfrutaba de sus padres por las calles. En la plaza, se detenía frente a la catedral sintiendo que entraba tomado de la mano de sus viejos. A veces comía helado con ellos, manejaba bicicleta, vigilado por sus miradas, jugaba beisbol, futbol. Cada vez la felicidad era más amplia y duradera. Cada vez la felicidad embriagaba más.

Esperanza renunció a la esperanza de que todo pudiera ser bueno otra vez. Comenzó a estorbarle el esposo. Olvidó los años dorados, las salidas familiares, las caminatas bajo la luna. La amargura endureció su corazón. El despido de su esposo en la oficina, la escasez de recursos, la poca hombría de Alberto para encarar la tragedia y vencerla. Todo lo que Alberto era resultaba en una maldición para ella. Pero algunas madrugadas necesitaba aprovechar la felicidad del esposo, sacar algo bueno de tanta debacle, tener su momento de satisfacción. Abusaba de la incapacidad del esposo de ubicarse en el presente y hacía suyo el momento. Mientras el esposo sentía que se balanceaba en algún columpio en el parque, o que corría feliz por el patio jugando al escondido con su padre, ella cerraba sus ojos excitada, olvidando sus malabares para que no faltara el alimento en la casa, olvidando la angustia por un presente no deseado ni imaginado. Por unos minutos ella era la esposa feliz de un hombre feliz, hábil, perfecto. Por unos minutos caminaba de nuevo bajo la luz de la luna por la orilla bañada por el mar Caribe. Y cuando la caminata acababa, se prometía no volver a montar la inconsciencia del marido.

Combatía con su necesidad sexual, lamentaba tanta represión en los últimos años, algunas veces se consolaba con fantasías a solas, en su imaginación ella era una dama satisfecha y coqueta, deseada por los hombres a su alrededor. Cedía ante el más apuesto, era ella quien decidía jugar con un macho, lo devoraba, lo consumía haciéndolo suyo, olvidando que estaba sola y en la oscuridad de su habitación, olvidando que estaba casada con un borracho que pudo ser algo mejor. Cuando se apagaba su imaginación le quedaba el amargo sabor de saber que la realidad era distinta, que estaba sola cada noche. En ocasiones su amargura la hacía esperar al esposo, apuntaba con palabras violentas, le echaba en cara su miseria, le daba empujones mientras gritaba. Se encendía aún más su ira al ver que Alberto no reaccionaba, seguía feliz, se reía, era como si estuviera en otro lugar. Ella terminaba llorando, frustrada, vencida por el infortunio.

Cuando notó la ausencia de su esposo ya había pasado una semana de su desaparición. Los hijos eran jóvenes que aprendieron a distraerse del capítulo "papá" de sus vidas, se hicieron independientes y los dos trabajaban. Echaron de menos al padre después de dos semanas. Lo buscaron con preocupación y

desespero durante un mes, nunca lo encontraron. Esperanza se notó embarazada dos meses después de la desaparición de Alberto. Lloró tan pronto confirmó su sospecha, lloró engañándose a sí misma, intentando forzarse a creer que lloraba por el marido que se fue. Mientras los meses de embarazo pasaban, Esperanza construía teorías sobre la huída de Alberto. ¿Estaría muerto? Habría recibido alguna llamada. ¿Estaría con otra mujer? No creía que existiera una mujer interesada en un perdedor del calibre de él. ¿Estaría vagando por las calles de otra ciudad? Sus hijos lo habían buscado por todas las ciudades del estado. ¿Habría ido más allá del estado? Entonces rogaba a Dios no tropezar nunca más con él.

Nació la última huella que dejó Alberto Jiménez, el último destello de su desgraciada existencia cerca de ella. Lo pujó con desprecio, angustiada por no saber qué hacer con él. Ya no estaba para criar muchachos, no quería someterse a cuidar otro vástago más de aquel cobarde. Ni siquiera lo recibió en sus brazos luego de nacido, cuando la enfermera se le acercó con el bebé ella le dio la espalda. La chica lamentó aquel gesto, tocó los labios del bebé y lo llevó al otro cuarto.

Esperanza presentó a su hijo porque así lo exige la ley. Le dio su apellido y no el de su padre no por sentirlo su propiedad sino como un acto de mezquindad y venganza. Cuando le preguntaron qué nombre llevaría la criatura dijo “Carlos”, porque fue el primer nombre que le vino a la mente. No había ningún “Carlos” apreciado por ella en su familia, tampoco entre sus amigos, “Carlos” era un nombre simple y común, sin ninguna historia para ella. El segundo nombre fue Marcos porque era el primer nombre de su primer hijo y no quiso esforzarse por buscar un segundo nombre que pudiera combinar con “Carlos”. Un solo apellido, el de ella. Los años pasaron sin emoción, sin nada digno de ser recordado por ella. Carlos descubrió la vida sin compañía. Se habituó a la soledad, descubrió que le gustaba escribir. Su madre lo habría descubierto antes de haber prestado atención a las obsesiones del niño por rayar todo cuanto estaba a su alcance. Su niñez fue solitaria, pero la disfrutó. Tenía su propio mundo, sus amigos exclusivos, en su mundo todo era divertido. Tan pronto aprendió a leer devoró todo libro que pudo adquirir. La biblioteca de su padre había sido desmantelada por Esperanza. El mueble pasó a ser una repisa de adornos y todo lo que lo habitó antes terminó en seis cajas de cartón que permanecieron intactas en el “cuarto de chécheres”.

A los nueve años Carlos encontró la llave del cuarto y descubrió un mundo distinto al resto de la casa. Para entonces sus hermanos se habían casado y cada

uno vivía con su mujer. Marcos, el mayor, en un conjunto residencial, a seis cuadras y Luis, el otro, se había mudado a otra ciudad. Luis se mantuvo siempre atento por si lograba algún día, así fuera accidentalmente, tropezar con su padre. Marcos lo había olvidado, sin remordimientos por ello. Carlos notó que todo lo que estaba en el cuarto de chécheres parecían piezas que completaban la decoración del resto de la casa. Sospechó de inmediato que estaban ahí por la amargura de su madre. Esperanza nunca se enteró de las excursiones de Carlos en aquel lugar vetado y restringido. Sin apuros pero con emoción, Carlos fue descubriendo cada objeto, imaginaba cómo sería su padre juzgando los objetos en la habitación. A los doce años lo conceptualizó culto, interesado por descubrir más allá de las fronteras del conocimiento heredado, liberal, dispuesto a conquistar la cima de la montaña más alta en el mundo. Cuando ya lo había conceptualizado así, encontró algunas carpetas azotadas por la humedad y el tiempo.

Leyó uno por uno los manuscritos, memorizó algunos párrafos. Sus ojos brillaban cada vez que se escondía en el rincón de lectura del “cuarto de chécheres” y apuntaban las páginas escritas a mano por su padre. Decidió que su padre era zurdo, así como él, que era el mejor escritor de sus tiempos. Adoró sus personajes, se internó en los mundos descritos por él. Disfrutó del orgullo de ser el hijo de Alberto Jiménez, decidió creer que su padre había desaparecido como una firma literaria personal. Tal vez dejó sus manuscritos para inspirarlo a él, quizá no fue accidental su encuentro con los manuscritos de su padre. Desde entonces pensó que no quería ni necesitaba encontrar a su padre, imaginó que él siempre estaba cerca, puede que lo observaba cada mañana saliendo al liceo, a veces sentía miradas sobre él, y sonreía pensando que era su padre desde algún lugar.

A los veintitrés años Carlos Meléndez había escrito su propia novela. Y desde el momento en que la dio a luz decidió que la publicaría, buscaría la oportunidad, todo su esfuerzo estaría dirigido a la publicación de su novela y después de lograrlo se encargaría de publicar las obras de su padre. Durante dos años tocó las puertas en las editoriales del país, envió su novela a cada casa editorial. Algunas editoriales tuvieron la atención de responderle, decían que no estaban recibiendo manuscrito, que debía agudizar más su estilo, algunas incluso le enviaban una lista de sugerencias. Otras editoriales no se molestaban si quiera en responderle. Él aceptó cada sugerencia, estudió tanto como pudo, se obligó a ser cada vez mejor. Se emocionaba con cada respuesta, sin importarle la negativa frente a la solicitud de publicación de su obra. Coleccionó las cartas en respuesta de cada editorial, anotó en una agenda cada intento fallido. Soñaba con su padre, algún

día su padre tendría un libro suyo en sus manos, algún día su padre tendría sus propios libros en sus manos.

A los treinta años aún no había publicado nada. Su madre se perdió entre los laberintos de sus fantasías y no regresó más. Deambulaba a tientas entre los pasillos de la casa, sin reconocer los cuadros en las paredes, ni las puertas de las habitaciones, a veces ni reconocía al hijo que aún vivía con ella. Otras veces Carlos era para ella Alberto Jiménez. Lo veía escribiendo en el escritorio que había estado guardado tanto tiempo en el cuarto de chécheres, algunas veces tenía momentos de lucidez, eran minutos, entonces se confundía aún más, observaba la casa con asombro. Carlos Meléndez había sacado todo de aquel cuarto, descubrió en los álbumes de fotos familiares guardados en las cajas cómo iba acomodado cada mueble, cada adorno. Restauró la apariencia de la casa, incluso pintó las paredes del color que mostraban las fotografías. Antes de encontrar al hijo para reclamarle, Esperanza perdía de nuevo el conocimiento y vagaba por los rincones de su imaginación y sus recuerdos.

Se entretenía cuidando a su madre. Por las mañanas atendía su propia venta de desayunos. La casa estaba ubicada al lado de una escuela básica, se le ocurrió una mañana freír algunos pastelitos y sacar una mesa al frente y ese día vendió lo que había preparado. Fue incrementando el capital e hizo de garaje una lonchería. Le quedaban las tardes y las noches para escribir, para salir a las plazas y cazar historias. Le gustaba sentarse en algún banquillo y mirar a la gente pasar. Jugaba a descubrir cómo vivía cada persona que desfilaba frente a él. La vida se le había pasado en intentos, pero no se quejaba. Tenía una docena de manuscritos listos para publicar, pensaba que en cuanto publicara su primer libro uno tras otro sería publicado también.

El diecisiete de noviembre a sus treinta y un años recibió una llamada. Fue seleccionado ganador en un concurso de narrativa. Colgó el teléfono, caminó pausadamente hasta la cocina. Se detuvo frente a las gavetas, la había visto en algún lugar. Registró las gavetas y ahí estaba, una botella de ron a media. Tomó un vaso, lo lavó y se sirvió un trago, sin hielo, tragó el licor de un golpe. Y con ese trago celebró su logro. Esperanza estaba en la entrada de la cocina y vio como Carlos servía su segundo trago sonriendo. Para ella era Alberto quien se empinaba el licor sonriendo, ella cruzó sus brazos abrazándose, dejando descansar su cuerpo sobre el marco de la puerta. Carlos volteó hacia ella, corrió y la abrazó. Ella recibió el abrazo, él le decía “lo logré, lo logré, publicarán mi novela”. Y ella escuchaba “Me dieron el ascenso Esperanza, todo mejorará”.

Esa noche no durmió. Imaginó su futuro, lloró de alegría pensando en cómo su

esfuerzo se redimía con aquella noticia. Imaginó el libro en manos de su padre, tembló de miedo al pensar que tras el logro su padre pudiera mostrarse. ¿Sería positivo un acercamiento? Prefería seguir con su rutina, prefería creer que él estaba siguiéndolo cada día sin acercarse. Mientras la madrugada avanzaba hacía un balance de sus años. Se reconoció solitario y silencioso, le gustaba su carácter y su vida. Se sentía orgulloso de ser un ermitaño urbano. Se sentía un personaje de los cuentos de su padre. Le gustaban esos personajes, oscuros, con conflictos internos pero con la esperanza reflejada en sus esfuerzos.

La noticia de su victoria aumentó su angustia por publicar, no podía conformarse con una novela, necesitaba revisar cada novela escrita, cada colección de cuentos, necesitaba aprovechar la oportunidad para marcar el inminente ascenso de su carrera. Mientras atendía la lonchería por las mañanas pensaba en sus obras, tan pronto terminaba la mañana se sentaba en el escritorio. Cada vez se hacía más invisible para su madre. Los hermanos llamaban una vez al mes, planificaron la cena de navidad. Era la única fecha en la que todos coincidían en la casa que le perteneció a Don Franco Jiménez y Doña Victoria Cáceres de Jiménez. Carlos reservó la noticia para la noche buena. En la cena familiar comunicó su victoria. Los hermanos lo abrazaron, también los sobrinos y las cuñadas. Esperanza vivía otra realidad, donde también estaba inconsciente y no alcanzaba a comprender qué pasaba y dónde estaba. Al mes siguiente sería la ceremonia en la que recibiría su diploma como ganador. Sería un nuevo año y un nuevo ciclo para su vida. Sus hermanos sintieron orgullo. Marcos recordó a su padre después de años sin pensar en él, sus ojos se humedecieron, pensó que en Carlos se hacía realidad el sueño que alguna vez tuvo su padre. No dijo nada frente a él, ni Carlos ni Luis nombraban a Alberto Jiménez. Luis, más expresivo conversó esa noche con Carlos, le sugirió que era momento de pensar en una esposa, que podía establecer un equilibrio en su vida, el hermano le prometió pensarlo.

Y lo pensó. Tan pronto terminaron las festividades decembrinas y los hermanos volvieron a sus hogares tuvo sed de lo que ellos tenían. Mientras Marcos y Luis se iban sedientos de logros, queriendo establecerse metas, lamentando la juventud perdida.

Carlos Meléndez llegó a la capital el trece de enero. A las dos de la tarde entró al salón donde se llevó a cabo el acto de entrega de diplomas. Disfrutó las dos horas del evento. Estrechó la mano de los presentes. El aire era sublime, respiró el aroma de la victoria sobre toda dificultad. No era tarde para él, llegó a la primera meta a tiempo. Compartió la cena a las seis de la tarde con el director de la

editorial que organizó el concurso. A las siete y treinta de la noche debía estar en el terminal para salir de regreso a su provincia. Fue un viaje violento, así debía ser, no le gustaba estar mucho tiempo lejos de casa, y no podía tampoco abandonar mucho tiempo a su madre. Le entregó un paquete al director con los manuscritos que había escrito hasta la fecha y otro con los manuscritos de su padre. El director los recibió con alegría. Su editorial llevaba dos años fundada, con un buen ritmo de trabajo, buenos títulos rodando en las librerías del país. Desde el momento en que leyó la obra de Carlos Meléndez supo que ese participante era un hombre con talento asombroso, que su victoria sería el comienzo de una buena relación editorial. Carlos le contó sobre su padre y él escuchó emocionado. Le prometió que leería cada manuscrito, que sometería sus trabajos a la observación de su equipo y publicaría aquellos que fueran dignos de ser leído. Carlos sonrió seguro de que todos serían publicados.

A las siete y treinta abordó el expreso de vuelta. Imaginando su futuro, observando con delirio a través de la ventana, preguntándose si su padre estaría cerca, si lo habría seguido hasta la capital. Se preguntó si acaso su padre estaba montado en ese expreso. Frenó su impulso de mirar hacia atrás y observar a cada pasajero. Era mejor que todo siguiera como iba.

El chofer del expreso, Jaime Rosales, hizo retroceder el vehículo. Lamentó todo el trajín del día y su afán de hacer todas las diligencias de la semana en un mismo día. Pensó que al volver de ese viaje disfrutaría de su día libre y recuperaría el sueño perdido. No hubo regreso, no hubo día libre. A las dos de la mañana el colector del expreso salió de la cabina del chofer a caminar por el pasillo y asegurarse de que todo estaba en orden. Jaime luchaba con el cansancio y perdió una de las batallas. Su pie se hizo más pesado sobre el acelerador y su mano izquierda resbaló en el volante, escuchó un sonido que le atormentó el sueño y cuando abrió sus ojos se encontró frente a un camión en el sentido contrario, no tuvo tiempo para maniobrar. Carlos Meléndez sintió su cuerpo estallar mientras vio como el techo del expreso se doblaba frente a él. Pensó en su padre al instante, rogó que él no estuviera en aquel autobús, cerró sus ojos y se entregó al sueño consciente que no despertaría más.

Óbito Dos

Por: Richard Sabogal

Apenas ocupó la silla giratoria de su escritorio en El Veraz, el teléfono repicó, cada timbrado parecía estar más acentuado que el anterior. Como si estuvieran coordinados. Todos sus colegas de redacción giraron a verla, desde que, le tenían más compasión, ella sentía le tenían lastima. Levantó el teléfono.

Hola Cristina, dijo la voz grave al otro lado. Me alegra llegaras bien al trabajo ¿Sin contratiempos en el camino? Una gruesa lágrima resbaló por su mejilla, el auricular comenzó a temblar, tragó saliva. ¿Qué quieres? ¿Por qué me vuelves a llamar? Preguntó en un fingido tono autoritario. Quería saber cómo estaba mi chiquilla, para mí, la consentida siempre serás tú. No me llames más, arguyó. Cómo no lo voy a hacer Cristina, si esto, apenas comienza. Tú fuiste mi inauguración, lo que viene será el debut. Como diría Shakespeare, “Todo pasado es un prólogo”. Imbécil, es “el pasado es un prólogo”, ¿Qué quieres decir con que el juego apenas comienza? Bueno, que habrán más.... llamémosle consumidoras de mí.

Cristina con el auricular más firme ahora, apretaba los dientes, sus ojos inyectados en sangre miraban al vacío, sentía un odio visceral. ¿No volverás a...? preguntó, por supuesto. Tú me consumiste, otras lo harán, pero con una sola diferencia, una mínima pero importante diferencia, este será un juego donde sólo participaremos tú, y yo. ¿Qué quieres decir?, saltó ella, Chao Cristina, hablamos luego, pendiente con el periódico. Colgó.

No se explica cómo con apenas tres días que estuviera allí, sentada, intentando fingir firmeza ante el cargo que llevaba a costas, Jefa de Redacción, un puesto que consideró siempre le quedaba grande, pero que había intentado llevar con responsabilidad, muchos de sus compañeros periodistas la veían con admiración. Era considerada la mejor, pero a su vez era asocial, compartía casi de forma nula con todos sus compañeros, salvo algunos del sexo masculino, con los que compartía cervezas cuando se les antojaba y noches fugaces en más ocasiones de las que ella misma deseaba. Su vida cambió desde hacía pocos días, y seguiría cambiando de una forma gradualmente voraz.

Sentada en su escritorio escondió su rostro entre sus manos, deseaba llegar a casa, donde vivía sola y llorar mordiendo la almohada, gritar pegada a ella para que sus compañeros de pensión no oyeran su desgracia. Esa misma mañana había llorado, el alivio era inmediato, sentía que algo dentro de ella se destapaba y veía los colores más vivos, aunque este sentimiento era efímero, pronto volvía a cubrirla la pesadumbre. Siempre se sentía sola. Sin pareja, hombres esporádicos,

sexo, se enamoraba de quienes no debía, algunos se enamoraban de ella sin deber. Las incongruencias del amor. Los sábados y domingos, días en los que no trabajaba salía a la ciudad, la cual se le hacía cada vez mas sola y mas grande, los carros parsimoniosos iban con un rumbo, las personas, algunas apresuradas la dejaban atrás. Con o sin ella el entorno marchaba del mismo modo. Si iba a una obra de teatro o a ver la última película gringa en el cine daba lo mismo, nadie la esperaba. Las parejitas apechugadas le provocaban ira y sentía un nudo en la garganta, no comprendía cómo ella no podía tener alguien que la viera o por lo menos la viera más allá de un orgasmo y una buena cogida. Se sentía miserable, y ahora más.

Su vestimenta nunca fue la más provocativa, pantalones anchos, blusas poco escotadas o franelas, cabello amarrado como lo cogiera el gancho, lentes oscuros, una gorra en algunas ocasiones y el infaltable libro bajo el brazo. Fuera de poesía o de narrativa, actualmente tenía Nabokov y su famoso Lolita, y botas, siempre zapato cerrado, eso sí, a la playa iba con traje de baño de dos piezas, aunque su personalidad no emanaba mucha sensualidad, pero su piel canela y su belleza natural bastaba para que le lanzaran algunas miradas.

No comprendía, cómo podía ser la elegida.

El día transcurrió con los avatares y agites de una sala de redacción, con la paz matutina donde apenas se recopila información para alguna noticia mientras iba aumentando el estrés y la ansiedad por enviar las notas que aprobaba ella al editor, quien lanzaba sus escritos y horas después salía en papel para a la mañana siguiente venderlo. Día a día lo mismo. El Veraz era el único periódico de la ciudad, todos lo compraban. Cristina tenía una sección de sucesos, además de ser jefe, redactaba algunas cosas, bastante sencilla, algún choque, un robo. Realmente era poco lo que ocurría en la ciudad y muchas veces ese espacio lo ocupaba algo de política o temas sociales.

Al día siguiente la rutina fue igual, lágrimas a la almohada, trabajo. El teléfono timbró, antes de levantar el auricular supo era él. Segovia, dijo al levantar el teléfono, el otro lado sólo se oía una respiración. Hola Cristina, dijo rompiendo el silencio la voz grave del día anterior. ¿No conseguiste obstáculos en tu camino al trabajo? Me alegra mucho. Como te dije ayer, hoy tengo grandes noticias para ti. Hoy comenzaremos el juego donde estaremos tú y yo, el mundo te rodeará, todos te dirán palabras de aliento, te aplaudirán, aunque ambos sabemos esos aplausos y esos elogios te duelen, preferirías te ignoraran. Bueno Cristina, comenzaré dándote una dirección: Av. 5, calle 10, casa número 38, punto de referencia la de puerta verde, echa un ojo.

No iré a ver nada. Deja de llamarme

Ve por favor, ambos sabemos irás, eres un sabueso de prensa.

No pienso ir. Bajó la voz casi a un susurro. Nada que tenga que ver contigo me interesa.

El de la voz grave soltó una carcajada que estremeció a Cristina. Como tu digas Cristina, Colgó.

Esa noche en casa sonó su celular, se levantó y cogió la llamada. Cristina, es Alfonso, que te vengas a la Av. 5 con calle 10...

Un frío subió lentamente por su espina dorsal.

Alfonso, un amigo del diario, mano derecha de su jefe, era quien la llamaba cuando necesitaban su olfato periodístico. Ella sin tener que hablar con los forenses, establecía la escena del crimen. Siempre había tenido la certeza que de no ser periodista hubiera sido una gran policía de criminalística.

Llegó lo más rápido posible

Ven, le dijo Alfonso al verla entrar. Esta escena realmente es la más escalofriante que he visto, necesito te prepares para ver lo que hay allí.

Por Dios Alfonso, hemos visto escenas del crimen todo el tiempo. Si pero ninguna como esta.

¿Qué tiene de particular ésta? Es una muerte, ya.

En el fondo, Cristina temblaba de miedo, ya se imaginaba que ocurriría, podía imaginarlo, le aterraba.

Estaba en lo cierto, en plena escena del crimen, cual si fuera una novata. Trasmocó en un rincón. Era demasiado para ella.

A la mañana siguiente los medios no hacían más que hablar del hecho. Una atrocidad para la pequeña ciudad, el peor crimen de la historia local. ASESINATO EN PLENO CENTRO, LA POLICÍA SIN PISTAS decían los medios digitales. Cristina, cuando intentó entrar a El Veraz, con ojeras, demacrada y de mal humor, se topó con un río de periodistas, cámaras y flashes que querían entrevistarla. Los sacudió

y se instaló en su escritorio.

Andrés, su jefe, le trajo una taza de café, se sentó sobre el escritorio. ¿Cómo estás? ¿A qué viniste? Vete a casa, anda, no estás de ánimos para trabajar.

¿Qué voy a hacer encerrada en la casa? En esa pensión de mierda donde vivo. Dios, No puedo quedarme allí, no después de esto. Tengo que hacer algo.

Sólo con Andrés Cristina se mostraba tal cual era.

Necesito que lo grabemos, necesitamos tener pruebas, algo, no podemos estar de manos cruzadas. Mira, perdimos la primicia, todos los medios hablan de esto y nosotros, que estamos en medio del huracán, nada. Sólo porque todo se descubrió tarde. Cristina recordó la llamada y la temprana hora en que el hombre la llamó. No dijo nada.

El teléfono repicó, instintivamente miró a Andrés, contesta le dijo. Segovia. Hola señorita Segovia, me imagino que ya lo sabe. Entonces, ¿Jugamos o no jugamos? por caprichosa te perdiste ¿Cómo es que le llaman ustedes los periodistas? Un *tubazo*, primera plana, ASESINATO EN EL CENTRO Sabes que no gustó ese título, pero estoy seguro lo hubieras hecho mejor. ¿Qué te pareció el asesinato? A mí me pareció, no sé, algo trillado, sabes que una vez, estando pequeño, iba con papi por la vía, sentado en el carro en la parte de atrás, no me dejaba ir a su lado. Lo recuerdo, pantalones *LEE*, camisa azul con un impreso en ella *Capataz*, pero ojo, papi no era capataz, era empresario, la camisa tenía por algún motivo esa impresión, seguramente la marca. Bueno, no importa, te sigo contando, Papi era muy bueno conmigo, me trataba muy bien, nunca me pegaba, salvo raras ocasiones, pero apenas recuerdo una o dos veces y ni me dolía. Mami si fue más dura conmigo, pero igual fue buena madre. Ese día que iba en el carro, en una esquina había una prostituta, una puta creo que es mejor término, no me gustan esas metáforas, más letras, misma cosa. Bueno, la puta esa, estaba al parecer discutiendo en la esquina con un hombre. Seguramente su proxeneta, en un momento dado el hombre desenfundó un cuchillo y lo enterró en el abdomen de la puta. Todo eso mientras esperábamos cambiara el semáforo. Papi boquiabierto no se había percatado de que yo también veía la muerte, y la disfrutaba. ¿Sabes una cosa? todos nos regodeamos de la muerte, muchos cuando vemos un choque o un tiroteo sentimos en el fondo un pesar extraño cuando informan “no hubo víctimas” se siente que el hecho no tuvo sentido. Cuando hay muertos la cosa es más sabrosa, tú me entiendes porque tú te prestas para este tipo de cosas, eres una morbosa, esa columnita tuya del periódico es morbo insatisfecho.

Ve al grano ¿Qué quieres? Le interrumpió. Andrés, quien desde el principio oía, le dijo en señas que se calmara y que alargara la conversación. Cristina en un movimiento rápido tomó el bloc y comenzó a garabatear

Cada cosa a su tiempo, déjame seguirte contando. Luego de ver a la puta resbalarse y caer, mi vida no fue la misma, papi, visiblemente nervioso aceleró y regresamos a casa. Esa noche imaginé la muerte de la puta de muchas formas, vi al proxeneta tomándola por el cabello y estampando su cráneo en la pared; vi al proxeneta lanzándola a nuestro carro nomás arrancara y papi pasándole por encima, incluso me la imaginé defendiéndose pero muriendo de todos modos, fue tanto el juego en mi mente, que al final, su verdadera muerte parecía un cuento infantil. Allí creo descubrí mi sed de matar.

Silencio repentino. ¿Por qué la mataste? preguntó Cristina aprovechando el momento.

¿A quién? Ah, a la mujer de anoche

¿Por qué no te maté a ti en su momento? Podrías preguntarte eso ¿Por qué solamente te violé? por cierto, fue muy rico. Me encanta, me gustaría repetirlo, pero que tu estés dispuesta y no toda estrecha, me excitó esa piel suave.... Realmente, el esfuerzo para no matarte fue demasiado grande, recordé una y otra vez que te necesitaba, que era parte de mi juego, eras mi cómplice. Ahora debemos jugar. Quiero contarte cómo la maté, como reaccionó ella. Fue muy fácil, vivía sola, sin autoestima, trabajaba en un almacén de ropa, llegaba todos los días a las nueve de la noche, las calles solitarias, ni transeúntes ni policías, sólo civiles cada mucho tiempo. Me fue fácil tomarla, tapparle la boca y meterla en su casa. La amarré, al principio quería gritar, pero finalmente conversamos, ella evidentemente intentaba conrgraciarse conmigo, lo logró, me condolió en varias ocasiones, pero una misión es una misión. Me contó que trabajaba de lunes a Domingo, libraba los martes, cobraba el mínimo, la revisaban al salir-como a los demás- para que no se hubiera robado nada, tenía un novio que estaba en el ejército, terminando el bachillerato y prestando servicio, pensaban vivir cuándo terminara su deber a la patria. Me contó extrañaba a su hombre, me dio nostalgia. Saber no lo vería nunca más, yo lo sabía, ella conservaba la esperanza, seguro veía mi paz interior, pensó me habría arrepentido, que pobre criatura más ignorante. En un momento, luego de intimar en nuestras vidas, me quedé viéndola, me abalancé sobre ella y en dos cuchilladas le rasgué la ropa, sin causarle ni un rasguño. No fue sexo, hicimos el amor, suave, ella se humedeció, lo hacíamos rico, incluso creo acabó. Yo llevaba el condón puesto. Desde casa sentía

el deseo por ella, no había amainado. Hasta la segunda vez por fin sentí alivio. Cuando la vi a los ojos su mirada se había transformado. Había perdido toda esperanza, eso me alegró, la esperanza es como un virus, te engaña, la esperanza es una perra, crees todo saldrá bien, la esperanza es hipócrita, es mentirosa. Yo, borré toda esperanza. Tú me encantas, porque no tienes esperanza. Vives por vivir, por inercia, eso hace me agrades más. Después de todo, no somos tan diferentes. Por cierto, ¿Cómo te ha tratado la prensa? No todos los días el nombre de una periodistas reconocida entre los medios, aparece pintado en la pared con sangre. No te he contado el final. Lo mejor, su muerte fue un poema, eyaculé cuando ella murió, fue algo sublime, enterré el cuchillo en su abdomen, tal como la puta que te conté, así, pero lo enterré hacia arriba, doce pulgadas que atraviesan intestino, y llegan al corazón. Luego de hacerlo, arrastro el cuchillo hacia abajo, dejando una raya, una sonrisa vertical. El estómago es lo más sucio del ser humano, yo los limpio. Con esto. La amiga del centro es la segunda que me saborea. Tú fuiste la primera, siéntete orgullosa, hasta ahora. Eres la mejor. Hablamos después, por cierto, escribe una nota, di que seguiré matando y que las notas las debes escribir tú, si las escribe otro, mataré a dos en vez de a uno. Chao. Colgó

Cuando miró a su alrededor los periodistas la observaban, su bloc estaba llenos de muchos garabatos, había escrito gran parte de la conversación. Su rostro estaba húmedo, bañado en lágrimas. Todos boquiabiertos observaban. ¿Qué hacen aquí? A trabajar, espetó. Andrés le hizo señas de que fueran a la Sala de juntas, ella asintió.

Al cerrar la puerta tras de sí, Andrés la abordó, abrazándola. ¿Qué pasó? ¿Qué te dijo? Que seguirá matando, que es apenas el comienzo. Cálmate Cristina, debemos pensar con cabeza fría, podemos adelantarnos, podemos atraparle. No somos policías Andrés, somos periodistas y nuestro deber es meramente informar, nosotros tenemos el deber de informar los malditos asesinatos y violaciones de ese desgraciado. Espetó casi a gritos. Maldito cargo, debo ser su cómplice ¿Oyes eso? su cómplice, no bastó con que me violara, también debo soportar ser testigo y vocera de sus siguientes delitos. Por favor Cristina le atraparán. ¿Cómo le van a atrapar? ¿Cómo? Si ni siquiera yo que sobreviví le pude ver la cara, ¿Acaso no recuerdas? me agarró en la calle, bajando por aquí, donde es oscuro, me dopó ve a saber con qué porquería, me violó, eso sí lo sentí, pero jamás, jamás pude ver su rostro, solo ese olor nauseabundo, de sudor, de su ropa, ni una fragancia, nada, sólo ese olor a hombre sucio. No tenemos nada Andrés, nada, ese tipo no lo atraparán, verás que la policía dará giros en un cuarto redondo. No podrán atraparle, ya verás. Entonces Cristina, no nos queda otra que

hacer nuestro trabajo.

A la mañana siguiente el periódico en un gran titular ASESINO ANUNCIA MÚLTIPLES MUERTES y de subtítulo PERIODISTA DE EL VERAZ SERÁ SU VOCERA OFICIAL. Desde allí se desplegaba narrando la llamada del asesino, el modo en que murió la joven, y sus próximos crímenes. A 4 columnas con una foto de la víctima, la noticia causó temor entre la ciudad. Periodistas, enviados por Andrés a la calle, recopilaron información para una nota sobre la reacción de la población, la gente destilaba terror.

“Yo no salgo a la calle sin mi marido ¿Verdad querido? En las noches cerramos la puerta y le ponemos una silla a la manilla. Una vecina me contó que a ella la violó pero que le da vergüenza ir a la policía, ve tú cómo es la gente.” Le decía una mujer al periodista abocado en la calle.

“Si supieras, yo lo conocí, lo que pasa es que no me gusta meterme en esas cosas con la policía, pero que se atreva a hacerme algo, mira, lo electrocuto.” Dijo una mujer mostrándole el arma.

“No salgo a la calle, ahora salí porque debo ver a mi mamá en el hospital, pero todo hombre que se me acerca le temo, muéstreme su credencial, ¿Seguro es un periodista? No será el asesino, por favor aléjese de mí.”

“No duermo por las noches, oigo ruidos, la puerta cruje, siento pasos, no puedo dormir, y vivo sola, a pesar de que tengo un cuchillo junto a mi almohada, cuando me duermo me duermo, llevo tres noches en vela ¿Ve mis ojeras? ¿Cuándo van a atrapar al asesino? No quiero ser la próxima, además viviendo tan sola ¿Quién me defiende? Nadie.”

Con declaraciones como estas se teñía la nota del temor que las mujeres vivían. La nota llamaba a la calma, a cerrar la puerta con llave y a no deambular por las noches y a llamar a la policía en caso de ver algún sospechoso o ser víctima de ataques.

Durante varios días el asesino no llamó. Lo hizo cuando, el diario no teniendo más que anunciar, le dio continuidad a la noticia recordando la identidad de la víctima, su labor y testimonios de su familia. Un relleno noticioso.

Cuando el teléfono repicó Cristina contestó con seguridad, sabía que tenía un reto ante sí, desenmascarar al asesino y atraparlo. A como diera lugar.

Segovia

Hola Cristinita, no ¿No conseguiste obstáculos en tu camino al trabajo? Yo sí. Me gustaría continuar la historia de la puta.

Quiero verte en persona. Conocerle. Le interrumpió Cristina

El asesino soltó una sonora risa. No seas ridícula. Volvió a reírse largamente pero de repente cortó, dejando su carcajada a medias. No vuelvas a interrumpirme. Te estoy llamando, te estoy dando la exclusiva ¡Siéntete agradecida! No imaginas el crédito que estás ganándote con esto. ¿Crees no sé lo que es el mundo periodístico? A ti te encanta te llame, te gusta, te excita escribir sobre mí. Así que deja de interrumpirme o llamo a otro lado, por ejemplo la televisión, allí estarían encantados de poner mi voz al aire. Pero te elegí a ti, así que cállate. Luego retomó el tono amistoso. Cuando regresamos a casa, el día que asesinaron la puta, mientras yo imaginaba cómo moría, e incluso yo matándola, sintiendo el mango del cuchillo en mi mano, su textura, los relieves de los tornillos que sostienen el mango, su peso, el filo, papi entró con el rostro desencajado, me miró largo rato, no sé que habrá visto en mi rostro, pero luego recobró su serenidad y se sentó a mi lado. No te contaré las boludeses que me dijo, que si ese hombre era malo, que si la señora (la puta) no había muerto, que estaba en el hospital, que eso que hacían no era correcto que si estaba bien, que si esto que si lo otro. En fin, yo sólo asentí, en realidad por entonces sentía muchas cosas en la cabeza, estaba confundido, imagínate, se abría un mundo maravilloso para mí, sentía que podía elegir si alguien vivía o no. La mujer del centro no fue la primera víctima, hay otras, lo que pasa es que fueron atribuidas a otros asesinos o simplemente no la han hallado. He asesinado desde hace mucho, sólo ahora, cansado de esa rutina, decidí jugar un poco.

Comencé matando animales. El perico de casa, verdecito, cantaba todas las mañanas, nunca se callaba. fue fácil, lo tomé entre las manos, mis dos manos abarcaban su cuerpecito, sentí sus huesos frágiles, su agitación porque se sentía preso entre mis manos, no me picó, era muy manso se dejaba acicalar por mami. Entre mis manos intentaba liberarse, comencé a apretar poco a poco, su desespero era mayor, ya comenzaba a gritar, luego apreté con fuerza. Primero sentí por su barriga algo se partió, luego supe fue su pechuga, ya no gritaba, solo boqueaba, igual seguí apretando. sus ojos parecían más grandes, su desesperación amainó. Luego sólo era una bola de plumas, un objeto, acomode sus plumas desarregladas y lo dejé en el suelo. Para que creyeran se había caído. Mami lloró mucho esa noche.

Nadie sospechó, creyeron había sido un accidente. El gato fue el próximo.

Mientras salía, parsimonioso de su caja de arena, lo tomé por sorpresa. Lo levanté, jugué con él, ¿Tú sabes que los gatos juegan con sus presas, verdad? Bueno, hice lo mismo, le halé los bigotes, las orejas, le apreté la boca, no dejándolo respirar, cuando estaba a punto de asfixiarse, lo liberaba, es curioso el ruido que hacen al llenar sus pulmones de aire nuevamente. Su cola parecía un látigo, estaba muy enojado. Intentó atacarme, me llené de odio y lo tomé por el cuello, lo apreté, el gato sacó la punta de la lengua por su boquita y sus ojos brotaron, quisiera tener una foto del momento para enviártela y que la publiques mañana. Sabes, disfrute matándolo, el pájaro no fue gran cosa, me sentí extraño cuando lo hice. El gato fue diferente. Cuando estaba a punto de morir lo liberé, su ira se había calmado, lo premié acariciándolo un rato, pareció calmarse pero igual quería huir, no lo deje, lo acaricie un rato, sus orejas estaban retraídas, no estaba cómodo, comencé a sentirme molesto. ¿Por qué la incomodidad si lo estaba acariciando y mimando? Lo tomé por las patas por debajo de sus axilas, y lo sacudí, muchas veces. Cuando me detuve el gato jadeaba. Volví a sacudirlo. Sus ojos tenían terror, es increíble como entienden esos animales. Seguí repitiendo la operación, acariciaba, apretaba, al final aburrido lo tomé por el cuello, apreté con fuerza, el gato se ahogaba, pero no moría, me dio rabia, seguro era mi poca fuerza, entonces decidí soltar la mano con la que sostenía sus patas y apretar su boca mientras con la otra apretaba su cuello, el gato se retorció, me arañó, pero no le solté, cómo me dolieron, algunos sangraron. Cuando por fin vi sus ojos opacarse y la vida irse, sentí algo que recorrió mi cuerpo, algo sublime, no sabría explicártelo, similar a un orgasmo, similar a una felicidad inmensa. Creo ese fue mi primera acabada, aunque no tuviera edad para tenerla. Dejé el gato con cuidado en la arena, acostado, intente relajar su gesto de terror, su boca quedó entreabierta, sus ojos mirando la nada, cerré como pude sus ojos y lo puse quietecito, mami lo consiguió horas después, tieso. Lloró por el animal. Esa noche en la cena, papi se percató de mis múltiples heridas, me preguntó y le dije que jugaba con el gato, no contestó, miró a mami y seguimos comiendo.

Para hacerte el cuento corto. Dejé pasaran varias semanas, y maté al perro, era el último animal de la casa, aunque con éste no fui muy precavido que digamos. Luego de ver una película de acción en la televisión, tomé un cuchillo y salí de casa, el perro, joven aún, le gustaba jugar conmigo, cuchillo en mano le busqué juego, rápidamente comenzó a saltar, yo parecía un torero o mejor, un coleador, cuando el perro se lanzó hacia mí, con agilidad lo derribé de una patada rastrera tal como había visto en la película, salté sobre él y le clavé el cuchillo en la barriga. El perro aulló, parecía no iba a morir tan rápido como el gato o el pajarraco, comenzó a moverse y a intentar liberarse mientras lanzaba aullidos

desesperados. Mami, que estaba en casa, se asomó alarmada y lanzó un grito al verme bañado en sangre y con un cuchillo bailando dentro del estómago del animal. Fueron vanos los intentos por salvarle la vida, 16 horas agonizó el animal, no sé por qué no dejaron terminara mi trabajo, hubiera sufrido menos. Pobre Paco, así se llamaba el can, Paco.

Yo nací en Los Apamates, un sector pequeño, crecí feliz como te he contado. Siempre lo fui, a pesar de estos hechos, jamás fui triste, ni siquiera ahora. A veces me da rabia, pero cosas tontas, inmediatamente vuelvo a estar tranquilo. No ves que si me altero me puede dar un infarto, no es saludable. Quiero darte una primicia, me escuchaste, te la mereces. Barrio Obrero calle 8, casa del fondo, no tiene número. Di cosas lindas de mí en la prensa, cuídate.

Espera

Era demasiado tarde.

Tomó rápidamente su bloc de notas avisó a Andrés y éstos avisaron a la policía. Cuando llegaron la casa estaba rodeada por sirenas.

Cuando entraron se toparon con una escena nunca antes vista en la tranquila ciudad, había sangre por todos los rincones, en los objetos, en las paredes, en el techo. En un rincón había tres mujeres muertas, dos jovencitas y una anciana, muertas del mismo modo. El estómago vaciado. En el suelo, las vísceras formaban una oración, SÓLO FALTAS TÚ, Cristina sintió sus piernas flaquear, Andrés quien estaba a su lado, la sostuvo, la sacó a tomar aire, mientras el periodista tomaba fotografías con sumo esfuerzo. No soportó tanta masacre, Cristina se sentía en el aire, Andrés le hablaba y le hablaba, no le escuchaba, salió y se fue al diario. Necesitaba caminar, era el único modo de ordenar sus ideas.

Ese día el asesino no llamó más, ni el siguiente. La policía le había seguido el rastro, era imposible detectar de dónde llamaba, las líneas interconectadas del diario, las múltiples líneas, hacían imposible verificar el origen. Sin testigos, sin huellas, un trabajo profesional, las violaciones eran limpias. Sin residuos. La policía no tenía nada.

ASESINO VUELVE A ATACAR, TRES MUERTES SIMULTÁNEAS, POLICÍA INVESTIG
Rezó el titular y el subtítulo. El teléfono de Cristina no paró de sonar durante todo el día en que la noticia fue publicada, querían hablar con ella, entrevistarla. Ella decía que todo lo que deseaban saber estaba en la nota, la cual describía las muertes, el mensaje y la identidad de cada víctima. En una nota conjunta

describía la llamada, parte del pasado del asesino, su afición a matar animales y su enfermedad. En la página contigua un detallado análisis psiquiátrico donde un reconocido médico diagnosticaba como psicópata inestable y peligroso al asesino, “capaz de cualquier cosa, proclive a ataques de ira repentinos, bipolaridad, violento” El terror se había sembrado en la ciudad. Las mujeres no querían salir de la casa, las secretarias del diario no habían ido a trabajar, la única mujer presente era Cristina quien revisaba las notas tomadas cuando habló con el asesino. En un rincón de una de las hojas, con un garabato había una dirección, el lugar donde nació el asesino, tomó su chaqueta y salió sin avisar a nadie.

Los Apamates era un sector abandonado, con calle de tierra amarilla, una polvareda cubría todo. Muchas personas se agolpaban en los porches de su casa, esperando nada, viendo el recorrido del sol, soportando la dura vida que les tocó y resignados a ella. Cristina anduvo varias cuadras, hasta que vio un anciano, sin camisa, junto a él un bastón estaba abandonado.

Buenos días señor, soy de El Veraz quisiera hablar con usted

En estos tiempos que alguien quiera hablar conmigo es como que vuelva nuestra moneda a valer lo que merece. Un milagro, claro que sí muchacha, siéntese conmigo aquí a mi lado y dígame en qué es útil este viejo.

Gracias. Dijo sentándose a su lado y sacando su bloc de notas. ¿Ha oído del asesino de mujeres que anda suelto?

Claro muchacha, es el acolito del diablo, nadie en su juicio hace algo así. El demonio lo tiene dentro, pobres muchachas, y las que faltan, la policía nunca ha servido para nada, si le contara la cantidad de muertes impunes que he visto en esta vida.

Sí, existe una posibilidad de que el hombre haya nacido en esta comunidad ¿Sabe o conoce de alguien al respecto? por cierto se me olvidó preguntarle ¿Ha vivido desde siempre aquí?

Claro muchacha, soy de los fundadores, acá llegamos cuatro locos y armamos nuestros ranchos, soy el último que queda vivo. Respecto a la otra pregunta, si la policía no sabe nada del asesino cómo saberlo yo.

¿Recuerda si alguna vez hubo un niño que matara animales?

¿Animales? ¿Cómo ratas y esas cosas? Todos hemos matado animales alguna

vez

No, perros, gatos, especialmente los animales de la casa.

Oye. El viejo se quedó en silencio, recordando. Sabes muchacha que hace un bojote de años Chucho mató unos animales, la gente lo tomó por loco, el cura vino y le echó agua bendita, fue un cuento que alborotó este hueco un tiempo.

Cristina abrió sus ojos de par en par. No creía fuera a dar con el asesino.

¿Aún vive aquí ese tal Chucho?

Claro, en el rancho arriba, la parcela 146, vive solo, no trabaja, el padre se le murió hace años y la madre murió hace como tres, no recuerdo bien. Pero bueno vive solo. ¿No insinuarás Chucho es el asesino? Ese muchacho es demasiado tranquilo.

No, claro que no, sólo tomo nota para una noticia y el impacto. Muchas gracias, disculpe su nombre es...

Gonzalo para servirle. Gracias muchacha por compartir un rato con este viejo, así fuera para interrogarlo, Dios te bendiga.

Cristina salió corriendo hacia donde le había señalado el viejo, llamó por el móvil a Andrés y lo puso al tanto, rato después dio con la casa, un rancho de madera desvencijado, con cicatrices que le dejó el tiempo, el techo de cinc sobresalía y algunas latas se levantaban creando ruido con el viento. Parecía no tener habitantes. Tomó un tubo que reposaba sobre la tierra, estaba caliente por el sol del día. No le importó, seguramente moriría en esa vieja casa, seguramente le asesinarían sin clemencia, cuando Andrés llegara con la policía tendría el estómago vaciado. No le importaba, desde hacía mucho tiempo su vida no valía nada. Si iba a morir, que fuera por una buena causa, al menos mataría al asesino, o lo intentaría, eso también contaba.

Subió los peldaños de tierra para acercarse a la puerta. La misma estaba entreabierta. Empujó con suavidad, parecía vacía, miró para lado y lado, siempre con el tubo a punto, dentro se sentía más fresco, lo que debía ser la sala tenía un comedor de fórmica tan viejo como la casa, le faltaba una silla, varias estaban astilladas por los lados, alguna vez fueron verdes. Encima reposaban platos sucios con varios días de abandono. Escaparates con un mundo de cosas dentro, un juego de sillas que hace las veces de salón de recibo se agolpan junto al comedor. El piso, igualmente de tierra parece barrido, está machacado de tanto uso. No hay nadie en la sala, camina, ve una cocina con una nevera devorada por el óxido en

varios sitios, un lavaplatos improvisado con bloques y un lavavajillas de acero, una cocina de dos hornillas con una olla curtida encima. Toca la olla, está tibia, tiene un líquido negro dentro, parece café. Sale de la cocina y sigue hacia uno de los dos cuartos que hay en la casa. Allí sólo hay corotos abandonados, parece el cuarto de los objetos sin uso. Sale, tensa los dedos apretando el tubo, sus nudillos se ponen blancos, siente saliva en la boca, traga, camina, descubre el tubo tiembla. Toda ella tiembla. Después de todo sí le tiene miedo a la muerte. La esperanza de la que le habló el asesino, después de todo tiene esperanzas. Decide entrar al último cuarto, tiene un ventilador prendido, ve una colchoneta que muestra trozos de espuma en varios sitios. Encima de la cama arremolinada lo ve. Acostado, parece dormido, adivina dónde está la cabeza. Camina con sigilo, buscando no despertarle hasta el último momento, su corazón salta, cree el asesino oirá sus latidos, el lugar por donde tiene agarrado el tubo está húmedo, ha sudado, se percata que su espalda esta mojada, se acerca, por un momento se arrepiente de estar ahí, no hay nada que hacer, debe terminar. Lanza un golpe con toda su fuerza a la altura de la cabeza.

Está confundida, no sabe si le mató o no, no hubo convulsiones, no hubo movimiento. El cuarto es oscuro, toca donde dio el golpe. Nada, sólo tela, remueve y únicamente hay ropa amontonada adrede, se percata es un trampa, levanta el tubo pero un puñetazo se estrella contra su rostro.

¿Estás bien? Le pregunta. Aturdida no atisba a saber de dónde proviene la voz. Mucha luz perfora sus ojos. Le arde la vista, está fuera de la casa, el sol le pega de frente. Quien le habla es Andrés, se mueve en la silla donde la tienen sentada. La cara le duele, se toca, tiene la boca rota, palpa con la lengua. No le faltan dientes.

¿Qué hiciste? Le pregunta Andrés, ¿Cómo te atreves a meterte en esta casa así?

¿Y el asesino?

¿Qué asesino? ¿Chucho? Él no es más que un pobre muchacho loco de la cuadra, cuando llegamos toda la comunidad se agolpó y lo defendió, el hombre es un inocente, además no podría hacer lo que ha hecho el asesino. No es normal, es un retrasado.

Pero me atacó.

Se defendió por instinto, jamás sale de casa, la gente dice que le traen comida, y si alguien entra lo saca a escobazos, entraste con un arma, no podías esperar menos.

Pero el anciano me dijo él había matado animales de niño

Es un enfermo mental, es probable, no es el asesino. Mírale.

Cristina, frente a sí, tenía un hombre de cuarenta años aproximadamente, regordete, grande, de cabello amarillo, su rostro parecía infantil, se comportaba como un niño. Cuando se percató de que ella le miraba, frunció el ceño y volteó a mirar para otro lado. Era imposible lo hubiera hecho. Era cierto.

Furiosa, entró al diario, la había engañado. Es decir que el asesino había creado una historia falsa, simplemente jugaba. Pasó el día encerrada en una encrucijada propia, viendo el engaño, descubriendo las mentiras, tres muertes cuando había dicho sólo asesinaría a una, pasado falso. Más que el dolor por la mentira, le dolía ver que el asesino también era una farsa, tal como veía toda su vida.

El teléfono timbró horas después del cierre, aún estaba encerrada en el diario, era el único sitio donde se sentía cómoda, su pensión, era un sitio donde solamente lloraba, la calle le recordaba la soledad, el trabajo, era donde su mente olvidaba su vida miserable.

Aún estás ahí. Lo sé. Dijo el asesino saludando con amabilidad. Me encanta que estés allí, te tortura saber tanto y a la vez tan poco de mí, te tortura que no te haya matado.

¿Dijiste que si mantenía mi palabra solamente asesinarías a una mujer? ¡¿Por qué asesinaste a esas tres mujeres?! Gritó Cristina levantándose de su escritorio. Mira maldito degenerado, no voy a continuar este juego contigo, no voy a permitir que juegues con todos nosotros, no eres nada, simplemente has jugado con toda la ciudad, no seré más partícipe de tus asesinatos, no seré vocera de nada.

Cállate de una puta vez Cristina, o quieres que mate a Andrés. Sí, se es lo único que valoras en el mundo. No porque sea cercano a ti, no, no me conoces, pero yo sí. Nunca te has preguntado si me has visto en la calle, si nos hemos conseguido en la espera de un semáforo o he sido el que te sirve el café en la cafetería del frente o el que se levanta de la mesa contigua o el taxista, el autobusero o el motorizado o el que te lanza un piropo de esos que odias. Te he observado, siempre lo he hecho. Recuerda una cosa. El juego acabará pronto, ya lo verás. Se cortó la comunicación.

Se quedó temblando, no quería ver morir a Andrés, no se lo merecía, era el único hombre que había sido bueno con ella, y sin esperar nada a cambio.

Esa noche regresó tarde a casa. Caminó por las solitarias calles, entró a su pensión y se acostó, no hubo llanto esa noche. A la mañana siguiente no fue al diario, no tenía sentido, miraba el techo, dormía cuando el cuerpo se lo pedía, cocinaba cuando el hambre dolía, pensaba, reflexionaba, de repente, como un chubasco de agua fría, el dolor de la violación cayó sobre sus hombros. Ahora las cosas importaban menos de lo que habían importado. Daba igual, no supo cuánto tiempo había pasado, días, semanas. Se bañaba cuando quería. Al teléfono le llamaron los primeros días, nunca contestó, por fin se le acabó la batería y no llamaron más.

Días o semanas después, parada en el balcón de la pensión, viendo la luna, llena, hermosa junto a un cielo limpio y pintado de estrellas, envidió lo lejos que estaban. Envidió que hasta la luna tenía compañeras. Arrastró sus pies hasta la habitación. Últimamente le dolía mucho el cuerpo. No le importaba, nada importaba ahora. No tenía esperanzas.

Era tarde noche. Sintió su cama crujir y algo acercarse a ella. Unas manos se posaron sobre sus desnudos senos puntiagudos y erectos, suavemente fueron bajando por su cuerpo hasta sentir el fuerte pulso sobre su sexo. Una ola de placer la recorrió. Por debajo de la puerta entró una brisa que le trajo un olor a hombre, un olor varonil a sudor. Dejándose llevar por sus impulsos arqueó su cuerpo. Las varoniles manos recorrieron palmo a palmo su piel y como un cincel sus dedos llegaron a sus adentros. Cristina se dejaba llevar a su fantasía más tenebrosa, Estocolmo jugaba en su ser. Sus senos se comprimían y expandían a su capricho. Fuertemente agarró el cabecero de su cama mientras unas piernas desnudas la abrían y la taladraban. Se sentía enloquecer, rozaba el paroxismo. Gemía, sus ojos se perdían en el techo. Tomaba fuerzas para doblegar el poderío que caía sobre su humanidad. El cuerpo masculino transpiraba, gemía, se tensaba. Estaba a punto de estallar. En un susurro, y sin aliento Cristina le preguntó: Al menos dime una cosa ¿Cómo te llamas?

Chiquilla, mi nombre es Richard, Richard Sabogal.

La cama crujió convulsivamente, los cuerpos se tensaron al unísono en un clímax total. Ambos se relajaron, abrazados.

Dos días después Andrés junto a Alfonso tomaban notas de un homicidio ocurrido en una pensión. Los fotógrafos no podían con su trabajo, todos estaban

sometidos por sus emociones. Al día siguiente un titular gigante junto a un lazo negro rezaba EL VERAZ DE LUTO, ASESINO ATACÓ JEFA DE REDACCIÓN

Féretro Dos

Por: Gusmar Sosa2

Nunca imaginó que así llegaría su fin. Tampoco planeó jamás alguna infidelidad. No acostumbraba tentar a la suerte, sus pasos siempre fueron calculados, nunca llegó tarde o temprano, siempre a tiempo, siempre justo en el momento planeado. Más que carácter o integridad fue su manía. No todos lo

habían soportado, tanta perfección y rigidez aburre, o despierta envidia en quienes no pueden o dicen no querer estar al nivel del individuo ordenado.

Doña Marta Sánchez, a pesar de haber sido su madre y él su único hijo, se cansaba de su manía por el orden y la sistematización. Aunque en ocasiones, mientras jugaba bingo con sus vecinas, hacía alarde del carácter del hijo. Rigoberto Rojas, prefirió siempre las bibliotecas antes que los parques, y cuando su madre lo llevaba obligado a los parques, porque él debía ser un niño normal, llevaba escondido un libro para echarse en la grama lejos de la visión de la madre. Él disfrutaba la lectura sin importar qué género o aplicación leía, viajaba con las letras y así en su adolescencia tuvo la firme convicción de que a sus treinta y dos años de edad sería un editor de libros. No escogió la edad al azar, no se permitía juegos de suerte.

Calculó culminar su bachillerato, luego su licenciatura en letras, planificó sus comienzos infructíferos que servirían sólo para acumular experiencias fallidas que señalaran otras opciones, se comprometió con el esfuerzo de no ceder ante el fracaso e interpretar de forma positiva cada evento desafortunado.

Desde su habitación escuchaba los gritos de las vecinas “¡Bingo!”, mientras se hundía en los profundos mares literarios. En ocasiones le molestaba que su madre se entregara al anochecer jugando tan estúpido juego, pero otras veces disfrutaba tener una madre que no interrumpía sus noches de lectura. Algunas noches ella no jugaba con las vecinas y entonces él recordaba que era el día y el mes en el que su padre murió. No es que no le dolía la ausencia del padre, sino que había decidido que sus emociones no se volcarían jamás contra sí mismo. Su madre llegaba de la oficina todas las tardes a las seis, lo saludaba, él tenía la cena lista, cenaban juntos, ella se levantaba recogía la mesa, lavaba los platos mientras conversaban; luego subía a la habitación y ella arrastraba una silla de la cocina hasta el patio, del otro lado de la cerca, en cada casa de los costados un grupo de mujeres se reunían, ella anunciaba su llegada y se unía a la rutina del juego. Rigoberto, al no escuchar en ningún momento la voz de su madre entre las de las vecinas sabía que debía bajar, y la encontraría con los álbumes de fotos familiares en sus manos y llorando al difunto esposo. Se quedaba a su lado, en silencio, observando las fotos que ella observaba, viéndola llorar sin saber cómo decir lo que debía decir. Para ella la sola compañía del hijo siempre fue suficiente, sabía que su Rigoberto no era fácil para pronunciar palabras, sabía también que ante las trágicas circunstancias que rodearon la muerte del hombre de la casa no había mucho que pudiera decirse, y las preguntas era mejor callarlas.

A las seis de la mañana del seis de noviembre de mil novecientos ochenta y

seis, Julián Rojas salió en su Caribe 4x4 como cada día. Estacionó la camioneta a un costado de la casa y cerró el portón del estacionamiento. No se despidió de su esposa para no despertarla, ella había pasado mala noche con un malestar; tampoco se despidió de su hijo de siete años aunque él si estaba despierto coloreando en su habitación su cuaderno de dibujos. Volvió a su vehículo, al montarse y ponerse el cinturón de seguridad escuchó una voz grave y susurrada: “Vas a seguir mis instrucciones, saldremos de la urbanización y te detendrás a la siguiente cuadra”. Así lo hizo, allá dos tipos salieron de entre los arbustos con el rostro cubierto con pasamontañas, uno se subió haciéndolo rodar al asiento del copiloto y el otro subió a su lado. Vendaron sus ojos y lo obligaron a meter su cabeza entre las piernas, nunca más volvió a ver la luz del sol. Durante tres semanas la familia Rojas-Sánchez agonizó desesperada por la incertidumbre de no saber qué se proponían los secuestradores. No era un crimen usual para entonces, se establecían especulaciones sobre el secuestro. A Marta no le interesaba saber quiénes eran, o por qué motivo, ella quería a su esposo de vuelta.

Sentado en la silla, amarrado y con los ojos vendados, Rigoberto recuerda los angustiosos días. Nadie dormía en la casa número seis de la calle trece, la urbanización La Marina vivía la misma agonía de los Rojas- Sánchez, tal vez no con la misma intensidad, pero cada habitante vivía la paranoia de la posibilidad del secuestro. A las cinco de la mañana Marta levantó la bocina del teléfono y contestó la llamada, por orden y asesoría de la policía regional se negó a negociar el rescate del marido por la cantidad propuesta. Colgó llorando, se sentó en la silla y el teniente Modesto Prieto le consoló asegurándole que en el transcurso del día volvería a recibir la llamada, negociarían un monto menor y pedirían una prueba de la supervivencia del marido. Rigoberto lo escuchaba todo desde la escalera, corrió y abrazó a su madre. A las seis de la tarde recibió otra llamada, tal como lo predijo el sargento. La voz grave y susurrante regateó, exigió un monto menor y explicó los detalles de la entrega, “cualquier incidente, cualquier detalle fuera del plan, le costará la vida de su esposo, no queremos tombo metidos en esto”, advirtió.

La entrega se cuadró para dos semanas después de la llamada. Con nerviosismo Marta y todos los familiares sufrieron el transcurrir de los días, Rigoberto recuerda con claridad los rostros marcados por el dolor, las lágrimas propias, sus preguntas. Recuerda que desde los siete años no le preocupó la existencia de algún dios, enterró su infancia junto con la muerte del padre y desde entonces los libros se convirtieron en su refugio.

Lo que nunca pudo evitar fue preguntarse cómo habrían sido los últimos días de su padre. A sus treinta y dos años su nombre y apellido eran parte del mundo literario en el país, no como un escritor consagrado pero sí como un editor emergente y en ascenso, había organizado algunos encuentros culturales en su municipio y fundó su línea editorial bajo el nombre de “Tinta Fresca” bajo la premisa de que la actualidad demandaba el apoyo a escritores noveles que lograrían convertirse en la base para el renacer de la literatura. Junto a un buen equipo de trabajo se dedicó a conceptualizar el movimiento emergente literario con el fin de dejar los pilares para la definición del aquí y ahora. También había escrito algunos cuentos, entre ellos “Días mutados en noches”. En su cuento intentó acercarse a la agonía que tal vez vivió su padre durante las cuatro semanas de secuestro. “Días mutados en noches” lo hizo merecedor de un primer lugar en un concurso literario internacional. Ahora que está vendado, amarrado a una silla, sintiendo el frío filo de un cuchillo acariciándole el cuello, se da cuenta que estuvo cerca de la realidad con su descripción de cómo se siente tener la muerte rondando cerca.

Julián Rojas no fue torturado por sus captores, su tortura fue saberse en peligro. Ellos lo atendieron como si fuera un cliente, o más bien como si se tratara de una inversión. También vivían en agonía, cada día cumplían con rondas de vigilancias alrededor de la zona donde estaba la casa abandonada, en el sótano tenían al prisionero. Sandra se encargaba de cocinar para los cuatro cómplices y para el secuestrado, Fabricio bajaba al sótano cada tres horas para asegurarse de que todo estaba en orden. Sergio establecía comunicación con la esposa de Julián y Milton se mantenía al tanto de las novedades del grupo anti secuestro de la policía regional. El menor estaba siempre alerta a los rumores entre los delincuentes de los barrios, monitoreaba también la urbanización La Marina, dando vueltas eventualmente por sus calles, nadie sospecharía de un muchacho, además su rostro no levantaba sospechas, tenía la habilidad de colarse en cualquier lugar. Dos semanas eran suficientes para coordinar los detalles de la entrega, establecer contacto con los aliados dentro del cuerpo policial y acordar el monto del soborno para asegurar que cualquier intento de captura al grupo fuese fallido.

Tres días antes de la fecha acordada Marta recibió una llamada, la voz grave le dio coordenadas para que recogieran al esposo. Marta colgó eufórica, no sabía cómo reaccionar, no entendía por qué le entregarían al esposo antes, ni siquiera habían exigido el dinero, pensó que era un milagro, o que tal vez el sargento y el cuerpo policial habían movido algunas piezas a su favor. No llamó a las autoridades, mientras manejaba su carro se dio cuenta que era una estupidez

llegar al lugar sin apoyo policial. ¿Qué tal si se trataba de una trampa? ¿Y si querían secuestrarla a ella también? Se detuvo a mitad de camino, pensó en volver a casa y llamar al sargento e informarle la novedad. Pero de nuevo pisó el acelerador y decidió apostar a favor de que ocurriera lo mejor. Llegó al lugar. Se trataba de un callejón que fungía como desvío en la autopista, metió el auto y avanzó lentamente y alerta, su corazón se aceleró, sus manos temblaban sobre el volante. Divisó a lo lejos a su esposo, tirado en la arena de espaldas al auto, con las manos y los pies atados. Bajó del auto emocionada, olvidando el peligro al que podía estar exponiéndose, se tiró de rodillas al lado de su esposo, deshaciendo los nudos que sujetaban las extremidades, hablándole, con sus labios expresaba cuánto le amaba y cómo lo había extrañado y con sus pensamientos le daba gracias a dios por haberlo cuidado y permitirle tenerlo de nuevo con ella. Julián no reaccionaba, tal vez estaba desmayado o sedado. Lo giró hacia ella, acarició su rostro y relampagueó en ella la angustia.

Seis horas antes Fabricio había bajado al sótano, dio vueltas por el lugar, y se acercó a Julián Rojas con un “háblame viejo, en tres días te reunirás a tu familia y esta pesadilla habrá terminado para ti y para nosotros”. Sandra servía el almuerzo y ya tenía el plato preparado, esperaba por Fabricio para que lo llevara. Fabricio subió y se sentó en la mesa con el terror pintado en su rostro. “Cálmate, Fabri, no seas nena, esto ya va a terminar”. Ella dejó caer el plato que servía para Milton cuando lo escuchó decir: “el viejo está muerto”. Llamaron al resto del equipo. La sala de la casa abandonada del sector Los Matorrales se inundó de luto y frustración. Aquel era el intento de un primer golpe, los captores habían colgado la esperanza del porvenir en que el negocio saldría bien y así establecerían las bases para una banda criminal que controlaría la ciudad. Despertaron ante la cruel realidad del acto delictivo cometido, con el botín sin vida se comprometía la operación, no había garantía de que el grupo saliera ileso, algunas cabezas tendrían que rodar, el sargento no podía dejar impune el crimen pues sería una raya en su exitosa carrera. Planificaron al instante la fuga, se irían de la ciudad. Decidieron entregar el cuerpo para que los familiares no exigieran avanzar las investigaciones por la presunta e inexplicable desaparición de los delincuentes y de Julián Rojas. Lo dejaron en aquel callejón y una hora después, cuando la huída estaba segura, llamaron a la mujer.

Rigoberto recuerda la noche en la que poco a poco fueron llegando los familiares, luego un carro fúnebre se estacionó y su padre entró a la sala dentro de una urna. A las diez de la mañana Julián había sufrido un infarto.

Se pregunta si pedirán algún rescate por él. ¿O tal vez se trata de un juego

sexual?

Se desespera. Escucha que alguien abre la puerta, son dos las voces que escucha, puede diferenciarlas y hasta calcular las edades, son los padres de la chica los que han entrado, nunca los escuchó hablar, pero los veía salir cada mañana.

-¡Rigoberto Rojas!- Su corazón se aceleró al escuchar la voz de la mujer mencionando su nombre.

¿Por qué sabría ella su nombre? ¿Sería todo aquello una trampa? ¿Por qué tenderle una trampa a él? ¿Por qué esperarían tantos meses sin hacer nada? ¿Y qué tal si él nunca hubiese accedido a entrar en ese lugar?

La chica seguía acariciándolo con el cuchillo. Quiso preguntar, decir algo, pero el terror le apretaba el cuello imposibilitándole el habla, además, debía pensar bien qué decir y cómo decirlo.

La casa de enfrente había estado abandonada durante tres meses después de que los Valles decidieran mudarse y ponerle tabla de alquiler. Una noche de Octubre, Rigoberto observó desde su ventana un camión de mudanza estacionarse frente a la casa. Tres trabajadores se encargaron de bajar los muebles mientras que una pareja quincuagenaria observaba abrazados y sonriendo. Una chica de tal vez veintitrés años de edad, se acercó a la pareja, luego entró a la casa colándose entre los trabajadores, volvió a salir mirando hacia su ventana y Rigoberto creyó notar que la chica le sonreía. Volteó la mirada a su computador y sintió los pasos de su esposa, ella se le acercó y lo abrazó.

-La cena está servida mi rey.

Daniela miró por la ventana y Rigoberto también miró ligando que la chica no estuviera mirando hacia la ventana. Sólo estaban los presuntos padres afuera. Todas las mañanas Daniela salía a su oficina en el centro de la ciudad y Rigoberto se quedaba en su estudio dirigiendo desde ahí su empresa, se comunicaba con el encargado de la imprenta, recibía informes por correo electrónico, establecía comunicación con sus autores. Solicitaba las notas de prensa a sus pasantes, se vinculaba con nuevos medios. Por la tarde salía a la imprenta para corroborar que todo estaba en orden. Visitaba a algunos distribuidores, al atardecer antes de regresar a casa pasaba por su esposa, algunas noches cenaban en algún restaurant y otras en casa.

Desde la llegada de los nuevos inquilinos de la casa del frente Rigoberto no podía evitar mirar por la ventana a cada rato. Descubrió que los padres de la chica

salían todos los días a las 8am, una hora después de la salida de Daniela. Y diez minutos después la chica salía a echarle agua a los árboles que formaban un pasillo desde la acera hasta la entrada de la casa. Siempre con un vestido corto o una minifalda, siempre parecía danzar frente a él. Notó que ella, cada que salía, miraba a la ventana, no sólo al salir, sino también mientras regaba. Al principio creyó que eran ideas suyas. Pero pronto descubrió que no sólo era cuando salía, sino que de vez en cuando la sorprendía detrás de la ventana de la sala buscándolo con la mirada.

La chica era linda, su piel morena, cabello rizado, ojos café. De curvas delimitadas con una perfección agradable, caderas pronunciadas, busto justo con su estatura y contextura. Transcurrían semanas y él se hacía adicto a su cuerpo distante e intocable. Los domingos salían los tres, padre, madre e hija. Y más tarde salía él con Daniela. Desde la muerte de su madre, Rigoberto pasaba los domingos junto a su esposa en casa de la suegra. Daniela presumía de la entereza de su marido, de su orden. Rigoberto se sentía orgulloso por su elección al casarse con ella, su matrimonio era la expresión correcta del equilibrio. Nunca planificó ningún intento de infidelidad, no podría. Sabía que un acto de infidelidad podría desencadenar una serie de eventos que causarían la ruptura de su relación o en el mejor de los casos romperían el equilibrio entre él y su esposa, lo cual podría ser un infierno.

Habían pasado seis meses desde la mudanza, seis meses viendo a la chica salir todas las mañanas con la manguera en sus manos, viéndola regar los árboles, intercambiando miradas. Cada día le parecía que la chica le coqueteaba, que era más que un juego inocente, tal vez ella soñaba tener una aventura con él.

La chica se convirtió en una obsesión para él, los domingos la extrañaba. Idealizó un romance entre ellos, uno silente y especial. A veces se sentía infiel, pero se redimía a sí mismo justificándose en que nada había pasado y nada pasaría. No alteró su rutina, por la tardes seguía dándole vueltas a la imprenta, visitando a los distribuidores, paseando por las librerías supervisando que los libros bajo el sello editorial "Tinta Fresca" estuvieran en los estantes de las librerías. Seguía estableciendo nuevos contactos, manteniendo los viejos, recibiendo material de nuevos autores, evaluándolos, sometiénolos a la mirada y estudio de su equipo editorial. Llevaba en dos años de fundada la editorial, un total de treinta y ocho títulos. Había organizado un importante concurso en el que participaron ochenta y ocho autores nuevos con cuentos y novelas, de las que fueron escogidos tres finalistas y un ganador. Desde entonces la fama de la editorial se incrementó, al evento asistieron muchos de los participantes

marcando el comienzo de una fraternidad en evolución. Algunos desacreditaban su labor atribuyéndole su ascenso más a la suerte que a su pericia literaria.

¿Cuál sería su suerte ahora? ¿Sobrevivirá a lo que aparentemente es un atentado de muerte? Recuerda a Carlos Meléndez, tal vez los nervios de saberse frente a la muerte le han hecho recordar a su padre y ahora al ganador del primer concurso de narrativa de su editorial. La de aquel había sido una trágica muerte, sin embargo, su muerte se convirtió en un trampolín para sus trabajos. Rigoberto decidió trabajar en los manuscritos que Meléndez le dejó en sus manos, los fue publicando uno tras otros. Los trabajos resultaron exitosos, piensa en sus propios cuentos, tal vez su esposa se encargará de mantener en pie la editorial, puede que algunos amigos ayuden con la labor. Quizás sus cuentos tomen valor luego de la muerte. Moriría sin un heredero, eso comenzó a atormentarlo, no dejaría huella de su existencia, su apellido caducaría con su desaparición. La angustia alteró el fluido de su sangre, su corazón parecía empeñado en ganar una competencia de carrera, hizo el esfuerzo para mover sus muñecas aprisionadas con mecate.

-¿Por qué a mí? ¿Qué es lo que quieren?

La chica pegó su mejilla a la de él, le habló al oído.

-Cálmate, no queremos que te de un infarto.

Detuvo su esfuerzo, sintió el sudor correrle por la espalda. Su padre había muerto secuestrado, había padecido un infarto. ¿Sería coincidencia?

Esa mañana cuando asomado por la ventana vio a los vecinos del frente salir pensó que tal vez no sería mala idea charlar con la chica. Como siempre, ella salió diez minutos luego, regó los árboles, pero lucía más atractiva. También parecía más lanzada hacia él, creyó notar un extra de picardía en su mirada, como si lo estuviese invitando a recorrer su cuerpo, a tocarla. Ella volvió a la casa dejando la puerta abierta, y se sentó en la sala de su casa junto a la ventana. Rigoberto la observó por más de diez minutos. Sufrió un quiebre en su carácter, lo que sucedía dentro de él, el despertar en sus emociones y la intensidad en la atracción hacia aquella chica eran eventos que no tenían armonía ninguna con su personalidad. No podía evitar fantasear con ella y cuando interrumpía sus fantasías corría hacia la ventana y ahí estaba ella, como esperando que se asomara, como invitándolo a invadir su espacio.

Bajó las escaleras y tocó la perilla de la puerta principal siete veces, se retractaba justo antes de abrir la puerta. La octava vez no pudo resistirse, abrió la

puerta y salió. Notó la tranquilidad de la cuadra, la ausencia del viento, el clima fresco, el cielo nublado, la luz débil que emana del sol en los días de invierno. Miró al frente y sintió vergüenza de estar ahí parado, pudo entrar de nuevo a su casa pero su voluntad parecía sometida a un impulso irracional más fuerte que su carácter. Ella estaba detrás de la ventana, sonriéndole, como burlándose de su debilidad. Le agradó la burla, caminó hasta la casa del frente, entró a la sala. Cerró la puerta. Ella se paró frente a él sin mediar palabras, caminó hasta una habitación, él la siguió. La habitación oscura, entró y ella encendió la luz, ahí estaba ella, semidesnuda, luciendo su ropa interior, luciendo su picardía, su piel dorada, su cabellera rebelde. Con un brillo en los ojos, como de hechicera orgullosa de su poder. Pensó en Daniela y sintió pena por ella, pero ya estaba allí, no podía escapar. Ella tenía una soga en sus manos, se veía atractiva con la soga en sus manos. Él se acercó a ella sin saber qué hacer exactamente. No fue necesario saberlo, detrás de ella había una silla, ella tomó sus manos y con agilidad las llevó tras su espalda, las ató mientras sus labios le acariciaban el cuello, él se excitaba cada vez más, quería arremeter con violencia, desvestirla totalmente, hacerla suya. Pero no tenía el valor para interrumpir aquel juego que además lo hacía víctima de un placentero desespero. La chica lo hizo girar y lo sentó en la silla, se arrodilló frente a él, miró su miembro, él pensó en sexo oral y ella notó que lo había domado. Amarró sus piernas, vendó sus ojos, sus manos atadas las inmovilizó con un nudo amarrado a la silla.

Luego la escuchó alejarse, cerrar la puerta, durante unos minutos se percibió solo en la habitación, no sabía qué pensar. Ella entró de nuevo, puso su mano sobre su pecho y de un golpe rasgó su camisa desprendiéndose los botones que cayeron al piso. Sintió una punta filosa tocar su pecho, y entonces sospechó que algo no andaba bien.

Ahora está seguro de ello. Está secuestrado. ¿Por qué? ¿Por quiénes?

La chica seguía acariciándole el cuello con el cuchillo, una voz madura, le habló al oído.

-Es la misma cara de susto de tu padre.

La voz dejó de apuntarlo.

-Milton, es la misma cara, ¿cierto?

-Así es Sandra.

-Sólo dos sobrevivimos al infarto de tu padre. Todo habría salido bien de no haber sido por su debilidad.

Rigoberto tembló. Supo que su muerte era inevitable. Le habría gustado escribir su historia, haber presentido su muerte de esa forma y haberla escrito. Pensó que sería un buen cuento. Lo habría añadido a una colección junto al cuento “Días mutados en noches”, sonrió pensando que llamaría el cuento de su muerte “La infidelidad no consumada”. No imaginó que moriría por la muerte de su padre. Sus verdugos sin duda eran enfermos mentales. ¿Desde cuándo estarían detrás de él? Quizá lo observaron crecer, graduar, alcanzar sus metas. De nuevo pensó en Daniela. Sintió un relámpago atravesarle el pecho, un chorro de sangre se liberó en él, podía sentir la sangre desesperada, celebrando la libertad de las cadenas arteriales, fluyendo como un manantial de agua que por primera vez es observado. Le arrancaron la venda de los ojos, apenas alcanzó a ver a los vecinos. Sandra y Milton, susurró mientras agonizaba, apuntó con su mirada a la chica, contempló su hermosura y de nuevo pensó en Daniela. Pronto dejó de escuchar y todo oscureció, el día mutó en noche.

Óbito Tres

Por: Richard Sabogal

Sentada en su sillita ancha de madera veía cómo le miraba, una mujer de mediana edad con los ojos caídos y la mirada opaca, muerta. Su cabello parece un manojo de hilos revueltos, su piel comienza a caerse de algunos lados, sus mejillas escurridas se ven tristes, el cuello muestra la delgadez de su cuerpo, parece una fotografía en blanco y negro de una mujer luego de la Gran Guerra, pero sólo es el reflejo de su espejo que le muestra lo que queda de ella.

Apenas tiene treinta y cuatro años, el tiempo ha sido cruel, no le trajo hijos, sólo un marido que es un ectoplasma que aparece cuando lo desea para atormentarla. Vive sola, cada mañana se levanta temprano, prepara el desayuno para ella, el almuerzo de ambos, el fantasma pasa, sin saludar, toma su vianda y desaparece hasta la noche cuando lo siente llegar pasado de copas, algunas veces come su cena callado, otras, los viernes y sábados especialmente, la golpea con la mano abierta, la insulta, la arrastra por los cabellos de hilos revueltos. Hay días en que el espejo le devuelve la mirada de una mujer con un ojo negro e inflamado.

Sentado frente al espejo Mauricio acicala su cabello, esta tarde saldrá con sus amigos, es el único modo de huir a sus demonios, hace algunas horas tuvo una

larga conversa con su madre. No puede tomar esa decisión, va contra los cánones morales de la sociedad en la que vive, en su pecho algo quiere regurgitar, lo acalla, finge no ser, se ve en el espejo, se siente hermoso y sale a verse con sus amigos.

En la soledad de la casa el espejo refleja objetos inanimados: un escaparate, un chifonier, una cama y algunas prendas de ropa tiradas en varios lugares. ¿Cuántos le han buscado como confidente? Ya su cara está llena de manchas oscuras que muestran el otro lado, comienza a perder la magia de ser un espejo, pronto perderá el don y será meramente un vidrio viejo que estrellará el hombre de la basura contra el camión y parará a un depósito encima de bolsas de papeles sucios y comida descompuesta. El terror de todo espejo.

Recuerda la vez que el carpintero lo colocó en la mesa donde aún sigue incrustado, era brillante, hermoso, con una mirada límpida. Hoy es amarillento, tiene rayas, es un espejo triste. El tiempo sobre él también fue cruel, tuvo suerte, sobrevivió a siete mudanzas, dos dueños y muchas historias. Podría escribir un libro.

La mujer se mira en el espejo, anoche el hombre llegó, de cena era pasta larga con salsa de tomate y carne molida, era lo que había en la nevera. El hombre preso de ira tomó el plato y lo puso de sombrero con fuerza sobre la mujer, ella bañada en salsa y pasta, corría por la casa mientras el hombre le intentaba dar alcance, la golpeaba con fuerza contra lo que conseguía, ella se protegía. Temblando de miedo en un rincón esperaba resignada el siguiente golpe.

El espejo sin inmutarse observaba.

El joven está sentado frente al espejo, por sus mejillas resbalan lágrimas, acaba de discutir con su madre nuevamente, venía feliz de haber recibido la más romántica declaración de amor y se encontró con la ira de la mujer por haber roto la orden impuesta. Ella no comprende que esas emociones no las puede controlar, que simplemente no amaré como hombre a una mujer jamás, que no le atraen, que las ve como amigas frágiles que quieren llorar todo el tiempo y son más sensibles que él. Quien desea más que una mujer, un hombre fuerte que lo haga sentir protegido, le gusta su rudeza, su olor fuerte, la virilidad. Eso lo desarma, no la fragilidad de una mujer con perfume de rosas. Su mamá no lo comprende, él llora.

El espejo agradece no ser un humano, que complicados son.

Las cremas que reposan sobre la cómoda donde está colocado el espejo son para uso de la mujer, ella se echa cremas para ocultar a sí misma los verdugones y marcas de la humillación.

El hombre no tiene en la mesa nada. A excepción de este momento, donde se prueba unas prendas rojas de encaje, en los días de ociosidad le encanta jugar y verse frente al espejo, se acaba de colocar una panty roja que robo a su prima el domingo pasado. Cuando visitó su casa entró a la habitación de ella y abrió la gaveta, tomó la prenda que más le excitaba, sólo en casa la exhibía para sí mismo, su pene erecto se marcaba a través de ella, quisiera lucírselo a su amor, a Gustavo. Se mueve, baila, su cuerpo cadencioso se menea al ritmo de sus hormonas alborotadas, se detiene, mira el reflejo en el espejo, ve a un tipo ridículo, con carne flácida por nunca haberse ejercitado mirarle, con unas prendas dos tallas menor y de mujer, con unos brasieres que ocultan el pecho con vellos y unas tetillas tristes. Se siente estúpido, se arranca la ropa y se sienta sobre la sillita a llorar con la cara oculta entre sus manos. Mira al espejo con odio, se odia a sí mismo, quisiera no ser lo que es.

Con un cuchillo en las manos la mujer se contempla al espejo, está desnuda, de pie, sus senos aún sensuales pero tristes por los hombros recogidos de ella, observan con sus picos erectos al espejo. La mujer levanta el cuchillo y sin siquiera inmutarse hace un corte superficial a la altura de la costilla, ve en el espejo su sangre manar suavemente, con tranquilidad realiza otro corte cerca del ombligo, luego otra en un muslo, debajo de un seno, en el hombro, en el brazo. Cada vez con más violencia, cada vez con más odio, los cortes parecen ser más profundos, todo su cuerpo está cubierto de sangre, de todas las heridas el líquido rojo se desliza a merced de la gravedad. Con violencia levanta el cuchillo y lo coloca en su cuello, su rostro está crispado de rabia, lo ve tan fácil, ponerle fin a tanto sufrimiento.

El espejo observa atento, silencioso, como debe ser

Hemingway lo logró tan fácil, piensa Mauricio mientras se observa en el espejo. Un disparo con la escopeta, una carta y adiós. Adiós a tanto sufrimiento y miseria por ver el mundo como era y no con las flores con la que lo pintamos. Su madre no está dispuesta a ceder, hoy consiguió la ropa femenina detrás de la cama, le golpeó, le llamó marica, si no deja de serlo tendrá que irse de la casa,

pero no a la calle, al ejército. Mauricio sabe no sobrevivirá, ve su rostro delicado, de facciones ingenuas, de dolor auto infligido, sabe que esos posibles conscriptos compañeros suyos no le perdonarán su condición, mejor es restarle sufrimiento a tanta gente. Levanta la escopeta abre la boca y se mira al espejo, quiere que la última imagen que reciban sus ojos sea la de su cabeza volando para luego sumirse en la oscuridad eterna.

El cuchillo permanece en el cuello, tiembla del resentimiento contenido en ella, hacia sí misma, decidida realiza un corte firme, una lluvia de sangre se esparció con fuerza, bañó el espejo. Por un momento éste perdió la visión. En un parpadeo, porque los espejos parpadean, la mujer no estaba, ni rastro de ella, ni sangre, ni cuerpo, ni cuchillo. Nada.

El espejo reflejaba los mismos objetos inanimados, “ojala haya sido la última vez, ojala descansa en paz” El espejo recordó el momento en que la mujer murió de verdad, no fue ahí, fue un ectoplasma, desde hace décadas las mismas escenas, las mismas lágrimas, los mismos golpes, hasta la inevitable muerte, ya sea del hombre que la asesina o de ella que se suicida. La realidad, más cruda que las repeticiones fantasmagóricas, fue que el hombre, como muchas veces, embebido en licor llegó a la casa, la golpeó hasta perder el aliento, con la mujer, resoplando en el suelo, tratando de soportar los golpes y pidiendo no vinieran más, se sorprendió cuando el hombre con gran esfuerzo dejó caer el televisor de 27” sobre su cabeza, un televisor viejo, de los primeros a color. Luego de unos espasmos la mujer dejó de moverse. El hombre se durmió, al otro día, cuando despertó, al descubrir lo que había hecho se suicidó frente al espejo. Era la primera muerte que veía, nunca la olvidó, a veces se pregunta si los fantasmas que ve son producto de su propia imaginación o realmente están allí, le acompañan a donde va, el espejo se mira “cuánto dolor ajeno he guardado en mí”.

Con la escopeta dentro de su boca no se decide, el dedo en el gatillo. Con la vida a merced de un dedo. Cierra sus ojos. El espejo da un respingo con la vibración del disparo.

La madre de Mauricio está sentada frente al espejo, han pasado semanas desde la muerte de su hijo. Por vigésima vez ese día ha entrado a ver la habitación donde permanecía gran parte del tiempo su muchacho. Se arrepiente de muchas cosas. Huele los objetos de su hijo, el peine, el frasco con el perfume, todo huele a él. Se mira en el espejo, no soporta la anciana amargada que le mira, se levanta

con ira y lanza el frasco contra su reflejo. El espejo aterrado ve venir el proyectil, en un mínimo instante toda su historia pasa por la mente reflejada, el momento en que lo hicieron, el instante en que lo colocaron sobre la cómoda y fue el objeto más lujoso de la casa, el pasar del tiempo, las miles de historias que tuvo que reflejar, las muertes, los fantasmas, hasta su fin. Cambió de parecer, era mejor así, su ciclo había terminado. Cerró sus ojos y esperó la llegada.

Al día siguiente los señores de la basura lanzaban trozos de vidrio al camión, uno de ellos vio su reflejo en un triángulo filoso. “¿Qué haces?” le espeta el más viejo “¿No ves que es de mal agüero mirarse en un espejo roto?” el hombre lanza el trozo al camión lanza un silbido para que la máquina continúe su recorrido y se trepa. Lentamente con paradas en cada casa el camión del aseo se pierde en el horizonte.

Féretro Tres

Por: Gusmar Sosa

No debía estar allí, él lo sabía. Tampoco debía estar saliendo con una chica de veintidós años, ya él doblaba los treinta en dirección exacta a los cuarenta. Los tiempos habían cambiado notablemente, a sus veintidós no había sitios como esos, los bailes no eran tan provocativos. Salir con una chica, a sus veintidós, significaba llevarla al cine, comer helados, sentarse en una plaza, escuchar música juntos. Si decidías llevarla a un club, sería a un bar tranquilo, donde pudieran conversar y reír, con suerte, tres o cuatro noches después podrías llevarla a la cama. Él sonríe recordando aquellos momentos. Se sirve un trago de ron, seco, y de un golpe lo consume.

Está solo en la mesa, su novia bailando con los primos y primas. Desde la pista le han hecho señas pero se siente ridículo con solamente pensarse en la pista entre chamos que no pueden ni mantenerse. Sirve otro trago, mira a la barra, una chica sirve los tragos allá, ella levanta la mirada y le sonríe, es una chica treintañera, muy bien cuidada. Deja el trago servido y camina hasta la barra.

-Se me antojó una cerveza.

La chica sonríe. Camina hasta el otro extremo y de la cava saca una cerveza. La destapa y la se la entrega en sus manos.

-No me preguntaste si la quiero light o si prefiero otra marca.

-No tienes cara de light, ni te ves cómodo entre tantos niños.

Su mirada se colgó en los ojos de la chica, eran negros, profundos, brillantes. La negrura de sus ojos igualaba la de su propia memoria, tantos años reprimiendo sus pasos, intentando el camino difícil que proponen las reglas sociales.

-Debo volver a la mesa. Tal vez puedas llevarme de vez en cuando una cerveza.

-Lo que tú desees, cariño.

Sabía que ella no le coqueteaba, sólo era cortés con la clientela, sólo jugaba con los clientes para motivarlos a seguir consumiendo. Pensó en Sandra. Llevaba cinco años sin saber de ella, pero la recordaba cada cierto tiempo. En esa ocasión fue la sensualidad fingida de la chica barman la que despertó esa chispa del pasado que continuamente intentaba apagar. Sandra era aún más sensual cuando se proponía algún plan. Era malévola, fría, calculadora. Su alma oscura, pero atractiva. Él la había conocido en su adolescencia. Para entonces era un tímido muchacho de pueblo que recién descubría la gran ciudad. Ella le mostró que él podía lograr cuanto se le antojara, que su esencia no era la timidez, que debía dejar aflorar su verdadera personalidad. Junto a ella se aventuró a la práctica de travesuras que fueron mutando a delitos, no percibió en qué momento cruzó la delgada línea que separa lo travieso del delito. Tampoco recuerda cómo fue que formaron una banda de delincuentes que intentaban controlar el este de la ciudad.

La novia vuelve a la mesa, está sudando, le da un beso en la mejilla. Le agradece por estar allí junto a ella.

-Sé que es incómodo para ti, no te preocupes que voy a recompensarte.

Le promete que no volverá a dejarlo solo en la mesa. Él la escucha y le sonrío. La observa bien, de pie a cabeza, ella se siente alagada por la mirada mientras él piensa que es una niña. “¿Desde cuándo te gustan las niñas y no las mujeres?”, piensa. Vuelve la vista a la barra y la chica le sonrío haciéndole señas con una cerveza en su mano.

-¿Te cansaste del ron?- Le dice la niña.

-No, sólo fue un antojo.

-¿No tienes antojos de mí?

Ahora recuerda por qué está con ella.

-Siempre tengo antojos de ti, tú eres mi escape.

La niña sonríe complacida con la respuesta. Se abalanza hacia él, y lo besa jugando con su lengua, termina el beso y le muerde el labio inferior. Por eso estaba con ella, era una chica ardiente. Con ella mantenía viva y libre esa parte de sí que también Sandra había despertado. La chica era ardiente en la cama, sus veintidós años parecían cargar con la memoria de una prostituta veterana, hábil, juguetona, complaciente. El sexo con ella le daba el mismo placer que sintió robando y asesinando. Era como un balance.  l la devoraba con violencia y ella no sólo le aguantaba el ritmo y la intensidad sino que lo dominaba y reducía su violencia a un juego de niños.

La manada de primos se acercan a la mesa, uno de ellos pega un grito de euforia, se van sentando uno por uno. Una de las primas se recoge el cabello quejándose del calor, otra se le sienta al lado y pone la mano sobre la pierna de él para apoyarse mientras se sienta y no perder el equilibrio. Otro toma la botella de ron y sirve en los vasos, luego hielo y coca cola. Milton toma su vaso para impedir el hielo y la coca cola.

-Cierto, lo olvidaba, te gusta beber al son de la vieja escuela- Dice el primo que está sirviendo las bebidas.

Hace una mueca de aprobación con amabilidad y simpatía. Era de nuevo el Milton antes de Sandra. Lo reconoce al instante. Reprimiendo su bestialidad, jugando a ser amable y simpático, cuidándose de no emborracharse, cercando su radio de acción. Miró al primo que aún no suelta la botella, azotado por el alcohol, con cara de muchacho bobo, mir  alrededor, le susurró a la novia un "ya vuelvo, voy a fumar un cigarro". Se levant  de la silla y caminó hasta la barra, le arrebató una cerveza a la chica que atendía la barra y siguió caminando hacia afuera del club. Sostuvo el cigarrillo en su boca mientras lo encendía, el primer jalón de humo lo liber , el humo recorriendo su aparato respiratorio, reposando en sus pulmones, regresando a su boca y esparciéndose frente a él, era una terapia. Alguien lo tropezó, al instante giró hacia el otro y lo inmovilizó poniéndole la mano con la que sostenía la cerveza sobre el hombro, apret  el puño de su izquierda listo para noquearlo. Detuvo el impulso al ver la cara del muchacho, le calculó algunos dieciochos recién cumplidos. Retir  la mano de su hombro sacudi ndolo, el chico casi se cae, Milton lo vio cruzando la calle sin equilibrio. Siguió consumiendo la nicotina entre jalones.

Un grupo de muchachos salió del club, record  su primer secuestro express, así los llamaban ahora.

Fue una madrugada como esa.  l junto a Sandra y tres más, entraron a un bar.

Sandra jugueteó con un grupo de jóvenes en el bar, se infiltró entre ellos logrando la atención de los jóvenes, bebió toda la noche a cuenta de ellos. Creyeron ser los protagonistas de una conquista, ilusionados en una madrugada de orgía, los seis muchachos en la barra guiñaban los ojos y hacían muecas para proponerle a la chica sexo, pero eran lentos y frente a la sagacidad de Sandra algo tímidos. Fue ella quien llevó el plan a segundo nivel. Propuso que salieran del bar y la llevaran a un hotel, presumió de ser una hembra que podía con todos. Los muchachos emocionados pagaron la cuenta, y ebrios de alcohol y de expectativas salieron hasta el estacionamiento. Se dividieron en dos grupos de tres, para abordar los dos vehículos, un LTD y un Nova. El primero seguiría al segundo. No irían a un hotel, sino a la casa de uno de ellos. Milton y el resto de la pandilla los siguieron con cautela y apenas el último del grupo entró a la casa entró la pandilla también sorprendiéndolos adentro. Sandra se apoyaba en el brazo del más maduro de los muchachos, quien llevaba un arma. Milton apuntó a uno de ellos, Sandra le sacó el arma al muchacho y con la misma le golpeó la cabeza obligándolo a caer de rodillas frente a ella.

Milton sigue fumando mientras recuerda la sonrisa de Sandra al golpear al muchacho, ella ordena que los amarren. Milton, Fabricio, Sergio y “el menor” amarraron a los seis muchachos. Los despojaron del efectivo en sus carteras y bolsillos, tomaron las tarjetas de débito, los obligaron a darles las claves, advirtiéndoles que tres de ellos se quedarían allí custodiándolos y si alguna de las claves eran incorrectas el usuario de la tarjeta sería asesinado. En treinta minutos estaban de vuelta Fabricio y Milton. Sandra recibió el efectivo, lo guardó en su cartera.

-¿Quién de ustedes iba a ser el primero en follarme?- Preguntó con sensualidad. Apuntó con su revolver al más maduro del grupo y le propinó una cachetada con la cache del arma. Le partió la quijada y la sangre brotó por la boca a chorros. Caminó hasta la cocina y tomó un cuchillo que le clavó a otro del grupo amarrado en la pierna.

-Pudo caer en tu pene, tuviste suerte.- Le susurró al oído.

Milton la observaba excitado, le gustaba la libertad de Sandra, su maldad natural, le gustaba ver cómo disfrutaba cada delito. El tercero recibió una puñalada en el abdomen. Fabricio repetía desesperado “vámonos, ya tenemos el dinero”. “El menor” salió a vomitar, excusándose en el licor consumido. Sandra se sentó sobre la cuarta víctima, le besó el cuello.

-De todos, tú eres el más guapo- Le dijo y luego le abrió una herida en el

cachete izquierdo- Así me recordarás-Sentenció.

-¿Te vas a quedar mirando?- Dijo al levantarse mientras Milton la observaba excitado.

Cerró sus puños y golpeó con furia a los otros dos chicos amarrados, les desfiguró el rostro, los hizo sangrar. Sabía que mientras más bestial fuera su participación en el acto mayor sería la recompensa. Entre golpes volteaba para ver a Sandra, ella le sonreía y su sonrisa era la promesa de placer sexual. Se fueron advirtiéndoles que si volvían a tropezar con ellos no correrían con la suerte de seguir con vida.

Pisó la colilla del cigarro machacándola contra el piso. La botella de cerveza vacía. Volvió a la entrada del club, el portero le exigió su pase. Se lo mostró, luego le hizo seña de girar contra la pared. Respiró profundo y así lo hizo, seguro de que no estaba armado el portero le permitió el paso de nuevo. Adentro miró hacia la mesa donde había estado sentado, la mesa estaba sola, miró a la izquierda y en la pista de baile observó a la novia y sus primos. Llegó hasta la barra, la chica treintañera que la atendía le pasó la cerveza destapada antes de que él le hiciera señas. Se sentó junto a la barra.

-¿Qué pasa cariño? Te noto como pez fuera del agua. ¿Por qué no te relajas?

Sabía que el “por qué no te relajas” pronunciado era una clase de señas. Podía responder con un “cuánto me costará relajarme” y luego pasarle el dinero para recibir su pase de cocaína. Llevaba un par de años limpio, así que decidió ignorar la tentación.

¿Por qué? ¿Por qué había decidido cambiar su estilo de vida? ¿Por qué se empeñaba en ser lo que no disfrutaba ser?

Los años de delitos fueron interrumpidos por un plan fallido. Sandra quería algo de más nivel, llevaban ya años en delitos, la banda poco a poco se convertía en mafia. Un amigo suyo de la infancia, ahora Teniente, estaba encargado del destacamento treinta y tres y junto a un componente de la policía regional se encargaba de los casos de extorsión. Sandra le comunicó al grupo que irían por más, planificaron un secuestro mayor, el primero en su clase dentro de la ciudad. Durante dos meses estudiaron la primera víctima. Su familia, sus negocios, su rutina diaria, los lugares que frecuentaba para distraerse, todo estaba calculado. Durante esos dos meses seguían asaltando personas en callejones, invadiendo casas para atormentar a inquilinos mientras los despojaban de sus pertenencias. Milton disfrutaba el sexo salvaje con Sandra, en ocasiones se devoraban

mutuamente frente a las víctimas de sus delitos. Consumían cocaína, el mundo les pertenecía.

Fabricio había asumido su homosexualidad, y ni Sandra, ni Milton ni “el menor” lo juzgaron por eso, menos le importó a Sergio, el más desprendido y frío del grupo. “Tienes más cojones que muchos hombres que he conocido”, le decía Sandra jugando con él. No era nada amanerado, sólo prefería ser penetrado en el sexo. “El menor” ya no era menor de edad, pero seguía siendo el menor de la banda, habían incorporado secuaces al grupo pero no íntimos, eran como contratados ocasionales dependiendo de la operación a efectuarse. La fama del grupo corría entre los criminales, pero no se preocuparon por un nombre, así que sólo los nombraban como “la banda”. En ocasiones tuvieron contratiempos, reacciones inesperadas, pero siempre lograron controlar toda eventualidad. Milton ya no era un adolescente, sin embargo no llegaba a los treinta. Se sentía poderoso, indestructible. Todo resultó como lo planeado. Lograron abordar al tipo, lo mantuvieron oculto, pidieron el rescate, tal como Sandra predijo a la primera llamada la esposa del infeliz no aceptó el trato. Pasaron los días, de nuevo establecieron contacto con la familia, se llegó al acuerdo. Cuando casi llegaba el día de la entrega el tipo murió. Lo encontraron tieso amarrado en el sótano, fue desesperante. Todos los planes cayeron. Se desplomó cuando el rostro de Sandra mostraba agonía. Le pareció tan extraño verla así, ella era de hierro, una mujer fiera, nunca perdía, nunca se inmutaba, ella era su coraza, su ventarrón, la fuerza que lo movía. Ahora ella agonizaba, se angustiaba, su rostro era como el lugar donde la muerte inesperada decide posar. Algo no andaba bien, no era sólo la muerte del viejo, no era el dinero que dejaba de entrar.

Milton vuelve a la barra. Saca un billete de a cien y se lo muestra a la chica. “Quiero relajarme”, le dice sin simpatía. Ella sonríe y le lanza un beso desde donde está, se acerca con gracia y disimuladamente le entrega un paquete pequeño, él lo recibe y espera el cambio. Camina al baño. Mientras camina observa la pista de baile, la novia está bailando con una pareja, uno de sus primos, no le importa. Sigue pensando en Sandra mientras camina al baño dispuesto a aspirar la cocaína. Desaparecieron un par de semanas de la ciudad. Al volver “el menor” fue el primero en aparecer muerto. Los periódicos locales reseñaban la muerte como producto de un enfrentamiento con la policía regional. Milton supo que no era verdad, “el menor” nunca fue tan osado ni tan estúpido. La semana siguiente Fabricio apareció muerto en su habitación. Según las fuentes oficiales la muerte de Fabricio había sido por sobredosis. Vio algunas fotografías de la escena en la que fue encontrado y la cocaína parecía acomodada con cuidado alrededor de su cuerpo. Tampoco calaba, Fabricio era adicto al ron, al

sexo anal, pero no a la cocaína. Lo que más le extrañó era que una de las reseñas en los diarios lo nombraba como el segundo fallecido de los integrantes de “la banda”. Supo que una cacería había comenzado. Sandra también lo sospechó, algunos de los contactos había soplado todo, tal vez el Teniente Modesto Prieto tenía sed de heroísmo y los estaba aprovechando como medallas. Huyeron y decidieron separarse, cada uno a una ciudad distinta. Sergio no quiso acompañarlos, les echó en cara que el miedo los había vuelto paranoico, justificó lo sucedido explicando que tal vez “el menor” estaría drogado cuando se enfrentó a la policía y que Fabricio quizás quiso experimentar con la cocaína mientras follaba con algún novio. Años después supieron que Sergio había sido el soplón, como premio el Teniente Prieto le permitió delinquir en un área de la ciudad, usándolo como carnada, una vez que Sergio juntó bajo una banda a algunos ladrones el sargento y una comitiva lo emboscaron a él y a su banda, sumando otro mérito a su carrera.

Sandra tenía una hija, la había tenido durante la adolescencia, antes de comenzar su romance intermitente con Milton, sus padres se habían hecho cargo de la niña, pero cuando decidió abandonar la ciudad se la llevó con ella. Pensó que con una hija podía pasar como una madre soltera y encontrar un buen tipo con quien comenzar una nueva vida. Pero nunca lo logró, entrenó a la hija, la convirtió en un anzuelo de víctimas y eventualmente cometió delitos menores y seguros. Anidó siempre el deseo de venganza en contra del infortunio que le troncó el destino.

Diez años después Milton volvió a la ciudad y Sandra también. Se contactaron, se reunieron algunas veces. Ella le propuso volver a las andanzas, él se mostró reacio frente a la idea. Entonces compartió con él su sed de venganza. “Si no quieres de nuevo sentir la adrenalina del peligro, al menos compláceme por última vez, hagamos una última cosa juntos, por “el menor” y por Fabricio”. Desde entonces no la había visto más, de vez en cuando la llamaba para asegurarse de que ella estuviera bien. Trabajaba en una carpintería ganando un sueldo decente que le permitía mantenerse alejado de los problemas. No frecuentaba lugares que pudieran despertar su morbo y la bestia enjaulada dentro de sí. Desde que salía con la chica menor que él le esquivaba las invitaciones a clubes como aquel y le permitía a ella disfrutar su juventud a su manera sin mostrar incomodidad, le bastaba tenerla algunas noches para saciar su sed.

Entró al baño, no había nadie adentro. Esparció un poco de cocaína entre el dedo índice y el pulgar de su mano izquierda, lo aspiró como si aquella fuera la

salvación de su alma. Sacudió la cabeza, levantó la mirada al techo sonriendo. “Qué consumen los niños hoy en día”, pensó mientras esparcía el resto del polvo en su mano izquierda, lo aspiró con más pasión, como si el momento marcara el inicio de un romance. Salió del baño, vació ron dentro de un vaso hasta la mitad, lo bebió de un golpe. Tal vez Fabricio y “el menor” debían ser vengados, tal vez el plan de Sandra no era del todo descabellado. ¿Por qué no ir por el hijo del que no debió morir antes de la entrega? ¿Por qué no torturarlo y matarlo? Después de todo él era una máquina de maldad, además, extrañaba a Sandra.

Pasó por la barra y le hizo señas a la chica, ella le entregó una cerveza y un paquete de cocaína para otro pase.

-Quédate con el cambio.

Le dijo a la chica. La novia lo vio caminando hacia la salida, las primas le hicieron señas preguntándole si su novio se iría. Ella siguió bailando, tal vez sólo iba a fumar afuera. Milton encendió otro cigarro, bebió la cerveza de un solo trago, tiró la botella a un costado, el portero se le acercó para advertirle que no se podía tirar la botella allí. Apenas sintió la mano del portero sobre su hombro giró hacia él y con su izquierda le propinó un golpe en la cara haciéndolo caer, luego lo pateó en el abdomen. Recogió la botella y la partió en el rostro del portero, la botella estalló esparciéndose en pedazos. Una chica lo había visto golpearle la cara al portero y corrió hacia adentro gritando que había una pelea afuera. Milton levantó la mirada y vio a la gente a su alrededor, uno del personal de seguridad se le abalanzó y Milton lo recibió con el pico de la botella reventada, lo enterró en el estómago del tipo, una y otra vez, sonriendo. Luego lo lanzó en contra de la multitud que atestiguaba la pelea. Vio el rostro de la niña con la que había estado saliendo, volteó y caminó hacia su auto, nadie se atrevió a detenerlo.

La chica lo ve alejarse, y entiende a qué se refería su novio cuando le dijo “no es buena idea que yo te acompañe a ese lugar”.

¿Por qué maté a Gusmar Sosa?

Por: Richard Sabogal

Yo maté y no maté a Sosa. Fue mi asesino, fue mi yo asesino.

Aquella noche fría en Caracas, horas después de haberlo recibido con los

brazos abiertos, tuve la necesidad imperiosa de matarle. No fue algo planeado ¿O sí?, algunas cosas salieron demasiado simétricas para haber estado presto al vaivén de la improvisación.

Soy editor, así conocí a Gusmar Sosa, un escritor de best seller que por entonces no lo era. Su carta de presentación fue una simpatía empalagosa que me ponía a dudar sobre si era o no real. Me saludó con su argot maracucho-larense, una mezcla que le proporciona un acento extraño. Aunque entonces no se lo conocía porque me saludó por la red social. Comenzamos a gestar una amistad que rápidamente creció, como la espuma y como su ego. Mi sello editorial fue su trampolín y como buen nadador, lo único que olvidó fue: su trampolín.

Lo tenía en el hotel, amordazado, golpeado, con un trapo dentro de la boca, le costaba respirar. Todo coincidió con el 8 al momento de ponerme en acción. Mis cómplices: Dani Hung, un músico que vino a propósito del evento que realizábamos y Francisco Ruiz, uno de los vanagloriados del día, se prestaron para asesinar a Gusmar Sosa. Por lo visto no era el único que le odiaba. Muchos se prestaron para participar, sólo escogí a dos. Esa mañana, día del evento, 8 de agosto, a las 8 de la mañana arribó Gusmar Sosa al terminal La Bandera de Caracas, viajó en el autobús número 8 de la línea Flamingo. Le seguía Francisc Ruiz, quien viajaba desde Maracaibo y velaba por el buen desarrollo del plan. Aunque no había plan en absoluto ¿O sí? Fue un viacrucis lograr que Sosa llegara a Caracas, como les dije, olvidó su trampolín.

Por razones del destino, Gusmar ha tenido suerte en el mundo de las letras, Ha ganado menciones en concursos que no conoce nadie y casi obtiene el primer lugar en un concurso de novela, luego me conoció a mí. Su salvación de los libros engavetados. Como les dije, saludó, mostró una página donde sale su novela de mala muerte reflejada con una mención de octavo lugar y vendió su idea para que se la publicara. Necesitaba dinero, le dije que sí, sin siquiera leerle la novela, aún hoy, luego del éxito, no la he leído. Estoy esperando la película. Así me ahorro esa pérdida de tiempo. Comenzamos a escribir, publicamos algunos libros juntos, cuentos de mala muerte principalmente. Yo seguí en la ignominia y él comenzó a saborear el éxito. Al principio me alegró porque sus palabras de agradecimiento me llenaban, sentí una similar alegría a la que sentí con Carmen De Los Santos cuando edité su libro y alegré su vida. Lo único fue que Carmen, como mujer que

es, sintió agradecimiento eterno y jamás me lo restregó. El desgraciado este sí. Odié su novela desde que la conocí, el día que la presenté en el club lo dije, me escudé en Hemingway, pero siempre la odié, ¿Por qué no la escribí yo? Creo que para ti lector, está claro cuál fue una de las razones por la que maté a Sosa, pero eso no es todo, aún hay más.

Teniéndolo amordazado y con la boca cerrada, Gusmar nos miraba entre temeroso y divertido. La manera cómo le atrapamos fue muy curiosa y jocosa. Luego del evento nos fuimos a beber, amigos de él, míos y 8 cómplices que no participaron pero sabían la situación y se mantuvieron alertas. Bebimos varias cervezas, él quería ron, parece pirata. Cuando pedía ron me recordaba a Jhon Silver, el cocinero de La isla del tesoro. Aunque Jhon no toma tanto como sus secuaces piratas. Pero en simpatía, es similar. Siempre queriendo encantar y por detrás tiene la puñalada. Le atrapamos colocándole en su octava cerveza burundanga, efecto rápido. Pagamos, lo metimos en **(subimos a)** un taxi y lo llevamos al Hotel Luna, habitación 8, sitio donde lo metimos. Cuando se recobró de la droga, nos miró alegre, pensaba jugábamos, cómo odié su mirada. Pero eso acabó. Hoy sufrirá. Gusmar curioso y escéptico no cree vayamos a hacerle nada. Piensa es una broma de mal gusto. Lo digo por el rostro con el que nos mira. Parece divertido, esboza una sonrisa que termina en mueca por el trapo que aprisiona el interior de su boca. Gesticula algo, pero es imposible entenderle. No quiero que hable, es mi primera tortura, el habla mucho y aturde, que ese sea el comienzo de mi venganza. Su mutismo impuesto. Su rostro divertido me quema, me causa rabia. Se burla de su éxito. Me restriega que me usó. Francisco y Dan están allí, esperando mis órdenes. Me incomoda la presencia de ambos. Con delicadeza llevo mi mano a la pretina, por el lado derecho, abrazo el mango, lo saco lentamente y recordando las clases de Wushu entierro el cuchillo en el cuello de Dani Hung, quien entre sorprendido y aterrado socava un poco de aire, toma mis brazos con sus manos, me araña, lucha, veinte segundos después su cerebro se apaga por la falta de oxígeno. Halo el cuchillo con rapidez y su cuerpo cae como un costal. Muerto. Francisco me mira aterrado, sabe es el próximo. Apresurado abre la puerta y huye, no me importa, lo que pase después de hoy no me importa. Me da igual vivir o morir. Limpio la sangre del cuchillo en mi pantalón. Miró a Gusmar, su mirada de diversión ha desaparecido. Me encanta.

Además de envidiar el éxito de Gusmar, habiendo dejado a quien le ayudó botado en su estudio lleno de libros amarillentos sobreviviendo con limosnas de

autores (yo). Odio a Gusmar porque es un ateo. Hace mucho perteneció a la iglesia, una similar a la mía, incluso el pastor de ellos estuvo hace más de una década sirviendo en la que yo estoy. Yo nací en una familia común, matrimonio que ha durado más de cincuenta años, yo fui el menor de todos, llegué al mundo por error cuando ellos ya debían pensar en cuidarse la próstata, los ovarios y la menopausia. Crecí siendo el consentido, a pesar de que reciclaron juguetes y ropa dejada por mis hermanos mayores, tuve mis lujos, fue una infancia feliz, cada juguete que aparecía en la televisión cerca de los días del niño y las navidades, llegaron a mis manos. Llegó la adolescencia, a partir de allí sentí que algo en mi despertó, se hizo notar. Era un gran vacío, una vida plena, una vida amorosa, pero vacía, papá, mamá, típicos católicos que nunca van a misa, yo, bautizado cuando tenía un año, ya ni me acuerdo, sentí mi vida no tenía sentido y que la de ellos tampoco la tenía, seres sin vicios, felices como conejos en el monte brincando de aquí para allá, pero sin un sentido, en casa había un Cristo pegado detrás de la puerta, lleno de telarañas, algo que se ve más cultural que sentimental. Cerca de casa, a unas cuadras había una iglesia evangélica, allí conocí a Jonas, joven por entonces, algo gordo, de día vendía pan con su camioneta y de noche daba su espacio de descanso a nuestro bienestar. Nomás atravesé la puerta sentí mi vida llenarse de amor, palpé el sentido de la existencia, vislumbré el dulce sabor que es estar bajo la gracia de nuestro salvador Jesucristo. Fue tanta mi entrega que al mes me bautizaron, un evento hermoso, el Espíritu Santo bajó en mi honor, mis ahora hermanos fueron tocados, lloraban de felicidad en el suelo. No lo podía creer, estaban allí en mi honor. El hermano Jonas me ungió, en una tina gigante de cemento, vestidos ambos solo con un pantalón corto, fui sumergido. Al entrar en el agua, sentí que desde mi estómago subía un hormigueo hasta mi cuello y salía por la boca convertido en burbujas, luego vino una felicidad absoluta, inmensa, el cosquilleo era el demonio que dormitaba en mí y la felicidad, aunada con lágrimas desbordantes era Dios que me tenía en sus brazos y me daba la bienvenida a su ejército de salvación. El hermano Jonás también lloraba, mientras decía una y otra vez "Con Cristo estoy juntamente crucificado, ahora no vivo yo, más vive Cristo en mí", yo lo repetía a su vez, muchas veces, me sentí pleno. Ese día mi vida cambió para siempre ¡Oh, te amo mi Señor!. Este sacrificio es para ti.

Gusmar me mira aterrado, grita desde detrás del trapo. Se mueve en la silla donde está amordazado. Sabe fue un error haberme saludado para ofrecerme su libro, en este momento descubro no fue un error haberle conocido, fue un regalo, un obsequio para ti, mi señor. Me acerco sigiloso, acaricio con mi cuchillo, aun con algunos rastros de sangre en la hoja, su rostro. Se me ocurre una idea, tomo un vaso de vidrio que hay abandonado en el baño, lo parto en dos, y curva con curva

busco calcan, me acerco a Gusmar de nuevo, le tomo por el cabello y dibujo una sonrisa en su mejilla, Gusmar da un respingo y grita, empero el trapo amortigua el sonido. Tomo una muestra y la uno junto con los vidrios. Recordé a Dexter, el de la serie de televisión, plaquitas de vidrio donde guarda una gota de sangre. Así haré con Gusmar, debo conservar este trofeo, es mi segundo asesinato. Pero el primero que disfruto. El de Dani fue un daño colateral como diría Bush. La herida del escritorzuelo este, sangra profusamente. Presiono con fuerza para que salga toda la sangre que debe salir. No importa, esto será rápido. Mi cuchillo, similar al de Rambo, tiene un filo que serviría para picar árboles. Su pierna derecha me molesta. La tomo, rasgo la manga del pantalón a la altura del muslo. Miró a Gusmar, está sudando, su camisa marrón se ve mojada por todo el pecho, y eso que el aire acondicionado está encendido, yo tengo frío. Me causa una gran risa el rostro de Gusmar, nunca lo había visto tan aterrado. Elevo los ojos al cielo. Cierro los ojos. Señor en tus manos me colocó, bendice esto que te doy en conmemoración a ti, en amor a ti, en alabanza a ti, en entrega suprema. En tus manos esté la sangre derramada esta noche creada por tus inmensas y sagradas manos. Enterré el cuchillo. El grito de Gusmar casi traspasa el trapo en su boca. Comenzó a saltar, con firmeza bordeé el cuchillo por el muslo, tenía que hacerlo rápido, Gusmar no dejaba de moverse, el muy maldito.

Cuando Gusmar editó su libro conmigo. Comenzó a crecer como el monte, de muchos países fue llamado, su libro fue vendido por *Amazon*. Entrevistas llovían, la prensa llamaba a mi casa a preguntar cómo contactarlo. Las primeras veces me nombró, las siguientes olvidó hacerlo. Todo era “yo, yo, yo” más nadie existía, solo él. Editorial Norma le hizo firmar un contrato para la trilogía de sus novelas, pronto el humilde librito de Negro sobre Blanco Editores pasó al olvido, nadie me recordó más, aunque en las notas, las veces que me nombraban, lo hacían al final, en el último párrafo. “Rubia, la novela, tuvo su primera edición en una ínfima editorial venezolana, el autor, imperioso por editar se arriesgó y la fortuna le visitó para que saliera de la oscuridad y le sonriera la fortuna en un sello editorial verdadero” Esa nota fue la que causó nuestro distanciamiento. Para Gusmar nunca cambié, fui el mismo amigo de siempre, aunque ya era más inalcanzable, sus lectores se quejaban de que no compartía con ellos, a mi me atendía por una especie de respeto. Pero cuando le sonrió la vida, dejó de vender basuritas tecnológicas en la tienda, se mudó de la pensión donde vivía y se dedicó a escribir viendo un jardín hermoso desde su ventana y saboreando el éxito que todo escritor desea, y claro, olvidando cuál fue su origen. Con su éxito editorial creció su arrogancia atea, atacaba impetuosamente a todo el que dijera Dios en una red social, comentaba con citas de la biblia refutando las que decían otros,

contradecía pastores, hombres recorridos en la palabra. Era un impertinente, daba rabia a cualquiera leer la serie de debates que se suscitaban dentro de la red social. Muchos le eliminaron, yo soporté en silencio. Tenía que esperar. Aunque veía todos estos cambios en él, jamás pasó por mi mente matarle, hasta que hizo lo que hizo.

Se retorció como un cochino amarrado, de tanto moverse había rodado por el piso, manchado con su propia sangre gritaba, debía dolerle mucho. Verlo así, en el piso, humillado, me llenaba de alegría, me excitaba. Era gratificante verlo allí, donde merecía estar. No quería se desangrara, apenas era su segunda tortura. Rasgué un pedazo de sábana de la cama e hice un torniquete. La sangre manaba. Abrí mi bolso, saqué la inyectora previamente lista e inyecté el coagulante. Rápidamente se calmó la hemorragia, Gusmar estaba pálido, me asusté, no quería perderlo tan pronto. Necesitaba antibiótico, pero no me importó, total moriría en un rato. Lo senté, busqué en mi bolso el suero, lo conecté, debía aguantar. Me senté a esperar volviera en sí. Parecía no estar al tanto de lo que ocurría. Su pierna como un arlequín se burlaba desde el piso. El zapato que la vestía estaba empapado de sangre. Tremendo desorden y apenas comenzaba.

Al rato despertó, le miré. Hola Capitan Jhon Silver, recuerdas el personaje de la Isla del tesoro de Stevenson, bueno, aquí estás, eres tan encantador como Jhon, y tenías que ser un mocho como él. Sólo te falta el loro pidiendo galleta. No alcanzarás a tenerlo. Tienes las horas contadas. Te preguntarás por qué te mato, te envidio es verdad, vives fanfarroneando tus éxitos, disfrutando tus regalías, el tener contrato para editar con editoriales grandes, inmensas, rompiste el juramento de ser un equipo por siempre. Es una buena razón para matarte. Pero no es esa, muchos han sido desgraciados conmigo y los he ignorado. Eres un ateo, despotricas de Dios, pero tampoco ese es el motivo por el que te mato. Mueres, por razones mucho más cercanas a mí. Recuerdas un post que una vez publicaste en la red social, agrediendo a alguien cercano. Dijiste algo con ateísmo y ese alguien te corrigió ¿Qué hiciste? Le respondiste con un insulto, y agregaste un final apoteósico “Si no le gusta lo que digo aquí, váyase a otro lado” ¡Le echaste! Eso, merece tu muerte, mereces morir.

El rostro de Gusmar era de temor contenido, entre el absurdo y la sorpresa. Se sentía débil, simplemente me miraba, resignado a su suerte.

El motivo por el que te voy a matar Gusmar Sosa, es porque te metiste con mi mamá.

Me estoy fumando un cigarro fuera de la habitación. Gusmar está noqueado.

Duerme plácidamente, debo confesar que otra de las cosas que siempre he odiado de él es la forma como oculta información. Siempre me la ocultó, tenía que espulgarlo para que soltara prenda. Al fin la decía cuando no tenía más remedio. Sólo por eso le hubiera matado, lo demás se sumó, no había excusa para que se salvara. Allí está, próximo a morir, próximo a recibir el golpe de gracia. Este es mi segundo cigarro. El primero lo apagué en su cuello, ni se inmutó, no siente dolor, es lamentable.

Sé que no debo fumar, es un vicio, el señor me castiga. Pero si a ver vamos, Dios es bueno, siempre me perdona, siempre le pido perdón por esto. Además mi acto del día, este sacrificio tan grande, son cupones para más de un pecado. Estoy perdonado por un tiempo.

Ocho torturas, silenciado, aterrorizado, corte en el rostro, mutilación, un cigarro apagado en su cuerpo, confesarle un secreto: Su novia, la niñita acabada de salir del liceo, aquella que aún le brillan los ojos cuando le hablan de MTV y Nickelodeon, ha sido novia mía desde hace meses. No la quiero, ni siquiera la deseo. Es simplemente parte de mi venganza. Una venganza que he gestado mientras buscaba cómo matarlo. Aunque yo no le maté, no el yo religioso, sino el yo asesino, todos ocultamos un lado oscuro. Sin excepción. Han pasado seis horas desde que está aquí, no ha comido, no ha bebido. Lo tengo a un paso de la muerte, pero no lo quiero dejar morir. No morirá hasta que lo desee, soy dueño de su vida.

Tiro mi cigarro y entro a la habitación número 8, Gusmar está despierto, despeinado, me mira con terror, me teme, como me encanta eso. Acerco otra silla y le miro largo rato, siento un alivio inmenso verlo en tan baja posición, no me importa en lo absoluto, los sacrificios no importan, son sólo valores que damos a quien de verdad valoramos: a Dios. “Jhon Silver, ¿Estás listo para partir?” Me causa risa el mote, fui acertado. Traicionero, deshonesto y simpático, mejor personaje de literatura imposible. Gusmar ni se expresa, está aterrado. Debe sentir su estómago convulsionar. Creo que ya es hora de cerrar este capítulo. Señor en ti coloco la vida que a continuación comenzará a partir, no le asesinaré, será tu voluntad el momento exacto de mandarlo al infierno, solo seré tu instrumento. Dicho esto camino hacia mi maletín, saco la otra inyectadora. Es un anticoagulante, pronto comenzará a morir. Desangrado. Le miro, acaricio su cabello desordenado. Susurro un “gracias” y salgo para siempre del hotel.

A veces me pregunto qué habrá pasado por la mente de Gusmar en esos últimos instantes. Su vida debe haberse apagado en no más de media hora. Incluso menos. Cómo habrá sido morir con hambre sed y mudo, sin derecho a

réplica, sin derecho a defenderse. No me arrepiento, mi madre es sagrada, ella está después de Dios, se metió con Dios, se metió con mi madre y se creía lo mejor en la narrativa mundial. Era demasiado para quedarme quieto. Qué habrá cruzado por el umbral de su mente instantes antes de comenzar a perderse en la inevitable muerte, habrá recordado su éxito efímero, sus hijos, la traición de su novia, tuvo ganas de ir al baño ¿Será que una parte de Gusmar sabía que iba a morir y por eso luego de tantos compromisos rotos vino tan fácilmente este 8 de agosto? No deambulé muchas cuadras, vi un hotel llamado El sol, me pareció un presagio y entré, no pedí la habitación 8, ese número, que por cierto me encanta, es hermoso, hermético, redondo y doble. Me gusta. Me dieron la habitación 11. Dormí plácidamente hasta el mediodía del 10 de agosto. Cuando me animé a salir compré el periódico. En un espacio gigante decía ESCRITOR GUSMAR SOÑ APARECE TORTURADO Y MUERTO EN MOTEL CAPITALINO, el cuerpo de la noticia relataba el modo en que había muerto, desangrado, la mucama lo encontró al otro día cuando se disponía a limpiar la habitación. En una noticia conjunta se describía la muerte de Dani Hung, el pobre. De Francisco Ruiz no se decía nada, a parecer se lo había tragado la tierra. Mi nombre no se dejaba oír por ninguna parte, pero el periodista embozaba que los sabuesos investigaban respecto a un evento al que había asistido.

Nunca aparecí, ni yo ni mi cuerpo, ni en Venezuela ni en otro país. Algunos han creado ficciones, curiosamente me convertí en un personaje legendario, atrevido y osado. Cultor del género negro venezolano. Luego de que todo está perdido sí me nombran, que ironía. Otros osan dárseles de historiadores y se han atrevido a inventar que me rebané el rostro en el espejo, que no soportaba ver a Gusmar en mí, porque lo maté, porque le amaba en Cristo. Aún quiero a Gusmar. No debí matarle, pero él se lo buscó. Además Dios me pidió lo hiciera. Como Sodoma y Gomorra. A veces le extraño.

Debo continuar mi vida, ¿verdad mi amigo espejo? ¿Verdad Gusmar?

¿Por qué suicidó Richard Sabogal?

Por: Gusmar Sosa

El rostro desfigurado le dificultó reconocerlo al instante. La escena era un abuso del esfuerzo por convencer a la audiencia de un suicidio descabellado. A simple vista parecía la obra de arte de un esquizofrénico que decidió firmar con su existencia el lienzo pintado.

El Teniente Prieto observó con asombro la escena. ¿Realmente sería un suicidio? Con los guantes de látex puestos, sujetó la muñeca izquierda del cadáver, y observó el lunar en forma de luna. Tal como lo había sospechado. Suspiró. El novato a su lado rompió el silencio.

-Tal vez amarró la soga al cuello, se subió sobre el taburete, se miró al espejo y algo no le gustó en su rostro, lo desfiguró, haciendo rebanadas sus cachetes y resbaló poniéndole a su vida el fin deseado. ¿Qué loco no?

Modesto Prieto volteó para ver al novato y le sonrió. Si los casos pudieran resolverse con esa facilidad no tendría por qué hacer alianzas foráneas con criminales y usar anzuelos para atrapar bandas. Sin responderle salió del apartamento, en el pasillo encendió un cigarrillo. La cantidad de preguntas sobrepasaban su capacidad de estar tranquilo. Las imágenes de algunos rostros destellaron en su memoria, unos de delincuentes locales que pudieron haber cometido el crimen, otros de drogadictos que actuaban por instinto una vez que entraban en propiedades para cometer asaltos, se colaron también las imágenes de la última escena del crimen visitada.

Dos semanas habían pasado. Recibió una llamada en su escritorio. Era Daniela, una vieja amiga. Reportó a su esposo desaparecido. Al instante le causó gracia la llamada. “Cálmate Daniela, a lo mejor anda de rumba”. Ella le explicó que su esposo la buscaba todos los días por las tardes luego de darle vueltas al taller de la editorial, y ese día ni fue al taller, ni estaba en casa cuando ella llegó. Su esposo no era un hombre de andar por las noches en la ciudad, tampoco improvisaba nada, no aceptaba invitaciones a última hora. Había revisado su agenda antes de llamar a su amigo el Teniente, pensó que tal vez había olvidado un aviso suyo sobre alguna reunión con distribuidores o librereros, pero el veinticuatro de junio

estaba en blanco. No durmió esa noche, y a las cinco de la mañana Prieto vio el mensaje de texto en su celular. “Mi esposo no volvió, por favor, ayúdame a encontrarlo”. Decidió a esa hora ir hasta su casa, antes de llegar a la oficina.

-Encontré la casa abierta, desde ahí me pareció extraño, Rigoberto es un maniático, siempre está encerrado. Su padre murió de un infarto mientras estuvo secuestrado, y aunque Rigo jura que no está traumatado vive una vida rutinaria y sometida a horarios y a un orden excesivo. Cuando revisé la casa y no lo encontré me pareció prueba suficiente de que algo le había sucedido. Que no volviera anoche es peor. ¿Y si lo secuestraron?- relató Daniela.

Siempre fue astuto para resolver crímenes o establecer teorías que terminaban siendo acertadas. Era un instinto natural. Salió de la casa de Daniela, eran las seis y treinta de la mañana. “¿Siempre es tan tranquilo esto por las mañanas?”, preguntó. Daniela le explicó que a las siete de la mañana los vecinos salían a sus oficinas, que si observaba bien todas las casas tenían las mismas características y las piezas estaban distribuidas de forma similar. Lo dijo para que viera que a esa hora sólo las luces de los baños, dentro de las casas, se notaban encendidas. La casa del frente no tenía el bombillo del baño encendido. Miró a Daniela y con la espontaneidad y la crudeza que lo caracterizó siempre le dijo:

-¿Estás lista para cualquier noticia? ¿Has imaginado que esté muerto?

Daniela soltó el llanto, Prieto caminó hasta el auto y desde ahí se comunicó con la estación central, pidió una patrulla. Encendió un cigarrillo mientras esperaba.

-¿Piensas que lo hayan asesinado? ¿Por qué alguien querría asesinar a mi esposo?-Preguntó angustiada Daniela.

-Voy a ser sincero contigo Daniela. Llevo años tras la pista de una banda que cometió cantidades de delitos en esta ciudad. He logrado encarcelar a algunos de los lacayos que la conformaron, también han caído tres de los integrantes principales. Pero hay dos con los que no he podido dar.

-¿Qué tiene que ver eso con Rigoberto?

-Sus nombres son Sandra y Milton, fueron los responsables del secuestro de Julián, el padre de tu esposo.

Daniela cayó sentada en la acera. Sus manos se sujetaron a su cabello. El Teniente Prieto metió su mano izquierda dentro del saco y acarició su arma.

-Quiero que vayas a tu casa y esperes allá.

Ella obedeció al instante, con el arma en sus manos caminó hacia la casa del frente. Tocó la perilla de la puerta principal y la notó sin seguro. Pateó la puerta y caminó de perfil por el pasillo que conduce a la sala, observó todo el lugar, se asomó a una de las habitaciones. Siguió caminando. Miró hacia arriba desde el primer peldaño de las escaleras. Desde ahí olfateó el olor de la muerte, siguió el rastro hasta una de las habitaciones y encontró el cadáver amarrado a una silla, con el rostro desfigurado y a sus pies un charco de sangre coagulada por las horas transcurridas.

En el pasillo, consumiendo el cigarrillo, piensa en la mala suerte de los escritores en el país. Es el quinto evento desafortunado alrededor de los que en cierta forma han sido parte de la literatura contemporánea del país. Los lleva contados por una manía, a sus diecisiete años decidió unirse al ejército y luego hacer carrera como agente aliado a la policía regional. Pero antes soñó con ser escritor, fue un sueño compartido con un amigo, quien se mantuvo fiel a su sueño original, en cambio él decidió complacer a su padre. Cada muerte violenta, accidente trágico o historia oscura alrededor de un escritor lo consolaba y le permitía auto convencerse de que había tomado la decisión correcta.

El primer evento fue un accidente en la autopista principal, allí perdió la vida un escritor novel que con el apoyo de “Tinta Fresca Editores” prometía ser un ícono en la literatura contemporánea, a pesar de su trágica muerte sus manuscritos lograron publicarse, al igual que los de su padre, de quien se conoció que había desaparecido misteriosamente como si se tratara de un mito, sus cuentos se propagaron en las librerías al igual que los del hijo. Así que el primer evento trágico le permitió conocer la historia de Alberto Jiménez. Decidió seguirle la pista, lo hizo como un entretenimiento. Descubrió que el desaparecido padre y escritor frustrado no se mantuvo alejado de su familia. Nunca renunció a la bebida, rotaba sus estadías y amanecidas entre las plazas del pueblo, se escondía de vez en cuando en un rancho de lata en las afuera de su ciudad natal. Desde la muerte del hijo, cada domingo visitaba el cementerio del sur y con una botella de ron en su mano custodiaba la lápida del hijo. Prieto lo observó cuatro domingos antes de acercársele, el domingo que decidió abordarlo notó que el anciano señor confundía el presente y el pasado, balbuceaba incoherencias que el Teniente intentó comprender. Le entregó ejemplares de las obras publicadas bajo su autoría y las del hijo. El anciano miró las portadas y en un momento de lucidez sonrió. “Gracias, es usted un buen hombre”, le dijo. El Teniente se alejó del cementerio fumando un cigarro, intentando creer que de verdad era un buen hombre. Y contó la historia del viejo Julián como la segunda tragedia alrededor de

un escritor contemporáneo conocido. La tercera historia era la de un joven escritor que fue encontrado en un cuarto de hotel en el centro de la ciudad. Su nombre: Gusmar Sosa, había sido notablemente torturado y murió desangrado. Al pensar en la muerte del autor de numerosos cuentos y una novela que se mantenía vigente como referencia de la literatura emergente, sospechó lo sucedido. La cuarta tragedia era la del esposo de su amiga Daniela y la quinta era ésta que recién descubría: la muerte de Richard Sabogal, su amigo.

Pisó la colilla del cigarro, y entró de nuevo al apartamento. “Parece que la justicia te alcanzó”, susurró al ver de nuevo el cadáver del amigo. Prieto no creía en la justicia divina, a veces entraba en alguna iglesia, se persignaba frente a la imagen de un Cristo crucificado. Lo hacía por la memoria de su madre, pero nunca fue religioso, le daba igual dios o el diablo, ni siquiera creía en eso de que “lo que aquí se hace aquí se paga”, algunos se iban del aquí sin pagar y otros pagaban la deuda que no les pertenecía. Para él no había un dios encargado de un equilibrio inexistente y que sólo podía ser creído por ilusos fanáticos cuya percepción es viciada por el fanatismo que los domina, y la justicia era un concepto vacío y frágil, y en esa ocasión justicia era venganza.

El equipo de forenses y componentes de la policía regional aún no llegaban. Quienquiera que haya sido el responsable del asesinato conocía la trágica muerte de Rigoberto, sin embargo, no pudo haber sido Milton o Sandra, no había conexión entre ellos y su amigo Richard. El responsable quizás se inspiró en el relato publicado por los periódicos locales. El afán de despistar la mira policial hacia un posible suicidio le hizo sospechar de la venganza como móvil principal. De hecho, no lo consideró sospecha, estaba seguro. Sólo una persona sabía que el responsable de la muerte de Gusmar Sosa había sido Richard Sabogal. Pero sabía que Francisco Ruiz no tenía nada que vengar, ni siquiera por la herida en su ego al no permitírsele formar parte de la muerte del infeliz escritor. Para los seguidores de los trabajos de Sosa, el responsable de su asesinato estaba aun condenado a cadena perpetua, pues había asesinado en el mismo lugar a otro joven, Dani Hung.

Él mismo se responsabilizó de la captura del supuesto asesino, como un favor a su amigo Richard Sabogal. Le aconsejó al amigo que desapareciera, que no volviera a la ciudad por un tiempo. Richard siguió el consejo, disfrutando en la distancia la teoría respecto a su desaparición y alejamiento del mundo literario. Algunos aseguraron que no resistió el asesinato de su amigo, era bien sabido dentro del mundo editorial que Sosa y Sabogal mantenían una relación de amistad, otros bromeaban sugiriendo que más que amistad había un sentimiento

homosexual entre los dos. Se escribieron cuentos al respecto, unos reseñaban que Richard paranoico abandonó la ciudad temiendo que la muerte del amigo fuera la primera marca de algún asesino en serie frustrado con la literatura. Otros, más críticos, desacreditaron el tono mítico de la desaparición de Sabogal, aseguraban que fue una estrategia para hacer repuntar los pocos libros publicados por él. Lo interpretaban de esa forma al notar el auge de sus libros tras la muerte de Gusmar Sosa y su desaparición. Sólo él y Francisco Ruiz sabían la verdad.

-Usted no cree que haya sido suicidio, ¿cierto?

Había olvidado al novato. Por instinto le mintió, declarando que era obvio que fue un suicidio.

-Tal vez identificando la víctima podamos esclarecer la historia- Insistió el novato.

El Teniente seguía pensando en su amigo. Tal vez algún familiar había decidido vengar a Gusmar. Quien haya sido tuvo paciencia, esperó el regreso de la víctima. Sólo él sabía que Richard estaba en la ciudad, apenas tenía tres días en el apartamento.

Cuando Francisco Ruiz huyó de la habitación número ocho del hotel donde según el plan matarían a Gusmar Sosa, supo que estaba sentenciado a muerte. Regresó a su ciudad, renunció a toda pretensión de publicar algún libro o hacer una vida pública y llamativa. Prieto lo sabía pues decidió seguirle la pista con el afán de resguardar la reputación de su amigo Richard. Investigó también los detalles de la vida personal de Sosa: una ex esposa, dos hijos del primer y único matrimonio, una novia diez años menor que él, una vida de ermitaño, una vida nocturna pasiva, pocos lazos significativos, dos hermanas que se resignaron frente a su muerte y a la vez se comprometieron a mantenerlo vivo en la memoria literaria. Los hijos aun eran adolescentes. ¿Con quién pudo hablar Francisco? ¿Quién pudo haber tomado la iniciativa de una venganza? El vengador supuso que no habría ningún rastro que lo vinculara, Richard había desaparecido, no había indicios de culpabilidad sobre la muerte de Gusmar, así que no existía la más mínima posibilidad de que la trágica muerte de Richard Sabogal se interpretara como venganza.

“Un hijo no conocido, un hermano fuera del matrimonio de sus padres”. Pensó. Francisco Ruiz y Gusmar Sosa viajaron juntos a la capital el mismo día de asesinato. Tal vez Sosa pudo haberle confesado sobre algún hijo antes de su matrimonio o un hermanastro. ¿Sería posible?

El novato observó al Teniente girar hacia él. Sintió un relampagueante frío recorrerle la espina dorsal, necesitaba saber qué pensaba el Teniente, cuál era su hipótesis. Él notó la ansiedad del novato.

-¿Cuántos años tienes, Mújica?

-Veintitrés, Teniente.

-Te has esforzado mucho para adelantar tu carrera y estar justo en este lugar.

-¿Quiere decir en esta posición, Teniente?

-Sí, Mújica, en esta posición.

-Me he esforzado, señor. Esta ciudad tiene un alto índice de violencia, necesita hombres y mujeres comprometidos con la justicia y la ley.

Modesto Prieto sonrió.

-No estás en un examen, Mújica. Relájate.

Le extrañó el cambio de tono del Teniente. Eso aumentó su nerviosismo. Nunca lo nombró por su apellido, siempre fue "novato".

-Señor, voy a fumar un cigarrillo en el pasillo.

Mújica encendió un cigarrillo, respiró relajado fuera de la mira del Teniente. Con su mano derecha sacó el pañuelo de uno de los bolsillos de su pantalón y secó el sudor que burbujeaba en su rostro.

Dejó descansar su cuerpo apoyando la espalda sobre la pared. No cometió errores, no dejó evidencias, no había forma de ser descubierto. Ni siquiera tenía el apellido paterno, no figuraba en las distintas biografías de su padre, ni en las reseñas que iban olvidándose poco a poco. Nunca fue mencionado en ningún libro, no su nombre, como tampoco los otros dos, su padre siempre dedicó sus libros a "sus hijos", sin nombres. Cierra sus ojos por diez segundos, revive el placer. Sandra le dio la señal, y él subió hasta el tercer piso del edificio. Ella lo montaba cuando él entró a la habitación. "¿Qué es esto? Yo fui claro, nada de orgías, fui claro contigo cuando acordamos el monto", le dijo Sabogal a la prostituta que había atado sus manos a la cabecera de la cama. Él sacó de su bolso un jeringa, lo inyectó y treinta minutos después Sabogal abrió los ojos sintiendo la soga apretarle el cuello, sus manos atadas, frente al espejo, observando su rostro. Se resignó a la muerte desde que abrió los ojos y sintió la debilidad en su cuerpo. Recordó su delito.

-Supongo que estás aquí para vengar a tu padre.

Se mostró sereno, pero su corazón se aceleraba cada vez más, sus labios se congelaban de frío, el terror azotaba cada fibra.

-Así que sabes quién soy.

Claro que lo sabía, él y Sosa habían sido buenos amigos. Desde aquel ocho de agosto no había un día en el que no lamentara su locura.

-¿Crees que la he pasado bien? Desde aquel día lo veo en el espejo, mira a través de mis ojos, despierta entre mis pesadillas. Se refleja en mi cara.

-Entonces, ¿por qué no terminamos de asesinarlo? ¿Por qué no lo borramos de tu rostro?

Sintió el frío filo del cuchillo marcarle el rostro, una y otra vez, la sangre corrió por su cuello a chorros, como cataratas cayendo sin remedio. En medio del dolor notó que sus pies descansaban en un taburete, desde su frente la sangre chorreaba cuesta abajo, cegándolo, haciéndole arder los ojos, no escuchó a nadie, se preguntó si estaba sólo, pensó que tal vez no existía ningún otro hijo de Gusmar, tal vez esa noche habían sido sólo él y la prostituta, quizás él le había pagado por aquella tortura. Durante diez años había querido ponerle fin a su vida, redimirse de sus pecados, presentarse como sacrificio frente a la muerte. Se sentía confundido, pero ya antes se había sentido así. La sangre cayendo desde su frente no le permitía abrir los ojos. El dolor de los nervios del rostro expuestos y lacerados por el cuchillo lo obligaban a gritar, a gemir. El taburete tambaleó, rodó, él quedó suspendido en el aire, su cuello sujeto por la soga pegada al techo. Sintió el aire huir de su lado, luchó por instinto, abrió los ojos y antes de que fueran invadidos por la sangre y oscurecidos por la agonía creyó ver en el espejo el reflejo del rostro de su amigo sonriéndole, cerró de nuevo los ojos y se entregó a los brazos de la muerte, pensando que realmente ella disfruta su propia inseguridad.

El cigarro se ha consumido, él sólo lo ha aspirado dos veces. El Teniente salió y se paró a su lado. Antes de salir notó las marcas de mecate en las muñecas de Richard, era más que evidente que había sido un asesinato. También había visto la pañoleta junto a la cama, y una nota debajo de la almohada: "Milton en el mismo pasillo". Detrás de la nota un beso marcado, su informante, ella había desaparecido. No había sabido nunca más de ella, ante su concepto de justicia ella había alcanzado redención frente a él, y tal como lo habían acordado él dejó colar en el mundo de la delincuencia la falsa información de que Sergio había sido

el informante que entregó a los integrantes de “la Banda” y otros delincuentes. Él sospechó su vuelta a las andanzas tras la muerte de Rigoberto. No le importaba atraparla a ella, por ella había logrado prestigio en su carrera, no le importaba entender por qué ella entregaba a sus compañeros, sabía que lo disfrutaba y él se beneficiaba.

Salió al pasillo seguro de que la razón por la que Mújica en algún momento había cambiado su apellido tenía que ver con la venganza consumada, no necesitaba pruebas, él venía de la misma ciudad donde vivió Gusmar Sosa, tenía la edad de un posible hijo engendrado durante la adolescencia o temprana juventud, estaba nervioso. Además, hasta la fecha sus instintos atinaban. Cuando lo encontró afuera no necesitó evidencias. La puerta del departamento al final del pasillo se abrió, Prieto empuñó su arma, un hombre salió. “¡Milton!”, gritó el Teniente. Y el hombre volteó hacia él, lo reconoció al instante. Milton también reconoció al Teniente, llevó su mano izquierda a la espalda buscando su revolver y sintió una bala impactarle el hombro izquierdo, de inmediato otra bala le atravesó la frente y cayó al piso sin aliento. El Teniente corrió hacia el cuerpo de Milton, Mújica quedó paralizado. Observó al sargento revisar el cuerpo de la víctima.

-Felicidades, novato. Es usted todo un héroe, acaba de diezmar la vida del líder de “La Banda”. Y responsable de la muerte de Richard Sabogal.

Mújica no comprendió lo que el Teniente decía, el Teniente Modesto Prieto tomó el revolver de Milton. “Lastima que haya muerto en combate, supongo que así es la justicia”, añadió. Y el novato vio como la bala salió del revolver empuñado por su superior, la observó danzar con perfección en dirección a él, la sintió incrustándose en su pecho, sintió el estallido de su sangre, se desvaneció junto a cada gota que salpicaba en las paredes, cayó al piso.

Prieto escuchó las sirenas de las patrullas, caminó hacia el cuerpo del novato, puso en sus manos el arma con la que impactó el cuerpo de Milton, y tomó el arma del novato colocándolo en su cintura. Entró de nuevo al departamento, y frente al cadáver de su amigo suspiró.

-¿Qué te parece Richard? Al final la muerte jugó junto a tu cadáver, éste habría sido un gran cuento escrito por ti.